



PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

La correspondencia se dirigirá á *D. Pedro Motilba*, Rambla del Centro
Kiosco número 5.—*Barcelona*.

JUICIO DEL AÑO

El año que ha de venir,
según cálculos seguros
sacados de las estrellas,
no tendrá juicio ninguno.
Yo no sé quién lo preside,
ni á qué Dios le toca el turno
de regir los doce meses;
pero tengo por seguro
que es Dios de menor cuantía,
por no decir diminuto;
un Dios que no es mitológico,
pero que suena en el mundo
político, literario
por sus hechos tremebundos,
por su manera de ser,
por sus actos de kalmuco,
por su soberbia inaudita,
por sus ojos, por sus humos,
por su figura estrambótica,
por sus cursilones gustos.
¡Es Cánovas nada menos
el hoy presidente en uso!
El lo ha presidido todo:
reuniones, institutos,
congresos de varias clases,
meetings de varios asuntos,
academias, ateneos,
sociedades de seguros,
concilios al por menor
y tribunales obtusos.
¿Qué particular tendrá
ni qué estrañará al más rudo,
ver al año que se acerca
rendir natural tributo

á ese mónstruo malagueño
y pedirle en sus apuros
que le presida también?
¿Hay nada más concienzudo?
¿No se cae de su peso?
¿No es más que lógico, justo?
Cánovas, pues, es el Dios
que hoy por hoy está de turno,
y él vá á presidir el año
por que es su oficio y su gusto.
Ahora vamos á otra cosa:
¿Cuáles serán los augurios
del año noventa y tres?
Pues según me ha dicho un brujo,
que es *medium* espiritista
y además es medio burro,
tendremos por año nuevo
motines, juergas, tumultos
y unos cuantos mogicones
distribuidos á bulto.
Cuando llegue el Carnaval,
que es diversión que de suyo
ya se trae las mil simplezas,
se disfrazarán algunos
de hombres de bien, convencidos
de dar broma á todo el mundo.
Por la cuaresma tendremos
hartazgo en lugar de ayuno,
y gritos, palos y tiros
por cuestión de los consumos.
Se tirarán á la calle
los que no estén moribundos,
y reinará la anarquía
en las timbas y tugurios,

no teniendo los banqueros
ni los alientos seguros.
En verano hará calor,
como es la costumbre y uso,
y se irán á tomar baños
los que tengan pesos duros;
sudarán mucho los gordos
y no tanto los flacuchos;
serán muy grandes los altos
y pequeños los menudes.
Cuando caigan del otoño
las hojas, es bien seguro
que han de caerse también
los que con pie irresoluto
se resbalen en la calle.
El invierno será crudo,
y el que no lo pueda aear
tendrá un frío pistonudo.
Cuando llegue Noche Buena
hemos de comer besugo
los que tengamos dinero;
los que no tengan un duro,
ni dos pesetas ni nada,
esos sufrirán ayuno
sino se comen los codos,
ó los dedos ó los puños.
En fin, que el año que viene
nos va á dar más de un disgusto
Mas no adelantemos juicios,
y digamos como algunos:
¡Señores, Dios sobretodo,
ó Dios leyita, ó Dios ruso!

PERCAL



LA NOCHE

¡Noche! ¡Yo te bendigo! Canten otros al día,
las tintas de la aurora, su mágico arrebol,
ponderen en sus versos, la sin par alegría
de la Naturaleza, cuando la alumbra el sol.

Yo solo á ti venero, en ti solo hallo encanto
así cuando te muestras envuelta en negro tul,
como si mil estrellas enriquecen tu manto
ó avalora la luna su vaporoso azul.

De los enamorados eres la protectora:
esperan tu llegada con impaciente afán,
pues desde el vespertino crepúsculo á la aurora,
saben que inmensa dicha en tu sombra hallarán.

El hijo del trabajo también te espera ansioso
y tras larga jornada que sostuvo con fé
en tus brazos encuentra el ansiado reposo
que para el día próximo nuevas fuerzas le dé.

Mientras tú reinas, hace sus estudios el sabio,
extiendes al artista tu influjo bienhechor.....
En vano intentaría enumerar mi labio
los sérs á que prestas poderoso favor.

Cierto que te desean también hombres malvados
que en la orgía ó el crimen revuelcan su alma vil;
mas suelen, en tu seno, hallarse castigados
y no pueden privarte de tus encantos mil.

¡Noche! ¡Yo te bendigo! Cuando el momento llega
de que en el cielo surjas, de tí me voy en pos,
y mi alma dolorida, que á la oración se entrega,
envuelta entre tus sombras, elevase hasta Dios.

EDUARDO BLASCO.



—¿Traes la cena?
—No.
—Pus ya te estás largando, y no güervas á padecer
por aquí hasta las tres de la madrugada.



Hace dos años que comenzamos á publicar LA SAETA.

Cuando el señor Motilba vino á encargarnos de su dirección, con franqueza, creimos que no la podríamos sacar adelante ¡Había tantos semanarios! ¿Cómo iba á recibir el público un periódico más?

A pesar de nuestro pesimismo comenzamos á trabajar, y nadie más que nosotros sabe lo que nos costó darla á conocer al público.

Porque somos refractarios á los bombos dados por el propio cosechero y no somos de los que engañan al público diciéndoles que se agotan las tiradas, que tiramos miles y miles de ejemplares, que nuestro semanario es el mejor escrito de la creación.

Hemos esperado con paciencia, gastando mucho dinero el propietario, la sanción del público.

Poco á poco ha venido, y á cada número hemos visto aumento en la venta y en la suscripción.

Hoy podemos decir que tenemos una vida propia que comienza á ser desahogada.

El que ha seguido nuestra publicación habrá visto las reformas que poco á poco hemos ido introduciendo en ella, y podemos decir que solo estamos al principio, porque nuestro propósito es ir la mejorando siempre.

Si como no dudamos el público sigue favoreciéndonos tenemos preparados novedades y trabajos que le han de satisfacer.

Hoy con motivo del segundo aniversario de nuestro semanario nos permitimos ser algo más extensos en promesas, que realizaremos más adelante.

Lo mismo el propietario, que el director artístico, que el literario aprovechan esta ocasión para saludar afectuosamente al público que los ha sostenido en su empresa.

Se acerca el invierno y aquel que no tiene capa ó la tiene empeñada comienza á tiritar dentro de *siguismo*, que decía la chula.

¿Quién habrá inventado el frío? Para mí tengo que debió ser algún sastre ó algún carbonero.

Con el frío nos encogemos todos sin necesidad de ser tímidos por naturaleza.

Es una cosa molesta, sobre todo para los que tienen narices largas y padecen sabañones.

Los primeros llevan *el floréte* colorado, brillante, pero al mismo tiempo hecho un carámbano. A los segundos se les ponen los dedos como chorizos ¡y desgraciado del que padezca sabañones en las orejas, por que ese puede decir que está aviado!

En invierno se come más y se gasta más en ropa.

Luego está uno expuesto á aires colados, y los constipados se suceden sin interrupción.

No queremos hablar de los que padecen reuma, por que esos temen más al invierno que á Concha Castañeda con su acompañamiento de contribuciones y gabelas

Por esas distintas causas que no hacemos más que apuntar, así que llega el tiempo crudo nos lanzamos á la calle gritando ¡muera el invierno!

¿Y qué hace el invierno? Pues nada ¡zás! nos brea á constipados.

Conque métenle ustedes con un señor tan poderoso y de tan malas pulgas.

Tenemos el sentimiento de disgustar á los señores del Ateneo y ¡vive Dios! que lo sentimos.

Porque nuestro mayor placer sería obtener el aplauso de todos los guardadores del Serrallo que por allí se piteorean y que no tienen más méritos que los de en comandita.

Hay dos docenas, acaso no lleguen, de apreciables muchachos y gallos literarios que allí campan por sus respetos, figurándose tener las arcas santas del buen gusto y de la crítica ilustrada bajo su mirada de águila, y no son más que *Nau-ñaus* ilustrados, pero ilustrados hasta cierto punto.

Allí se celebran los trabajos unos á otros y, al verles, y sobre todo, al oírles, se figura uno estar metido en una *colla* de Hugos, de Zolas, de Daudets, de Sarceys, y volviendo á nuestra querida tierra, de Clarines, de Cavia, de Galdós y de Peredas.

Pues, no señor; son los infusorios de la gota de agua de Bartrina.

El último gacetillero ilustra más al pueblo describiendo la caída de un albañil desde un tercer piso, que todos ellos juntos; y más hace un *reporter* que relata un *interview* con los de la *colla* del arroz, para ilustrar á sus contemporáneos, que los ateneístas (la mayor parte) con sus amazacotados y soporíferos artículos.

Son *escritores-plomo* ó *escritores posma* que no publican trabajos más que para sus familias y amigos

El pueblo no los conoce... ni los conocerá.

Pero váyales usted á hablar y tienen más humos que una locomotora.

Nosotros los más modestos de los escritores festivos, nos atrevemos á demostrarles que han errado la vocación.

Y no ha de pasar mucho tiempo sin que lo hagamos así.

Para que se vea lo fácil que es derribar ciertas torres.

Todavía no se sabe quién será alcalde de Barcelona.

El señor Planas y Casals se inclina hacia el señor Tort y Martorell con ánimo de desprestigiarle.

Pero ignora que este chiquitín es muy listo y siente crecer la yerba, y que es muy capaz de resultar un gran alcalde solo por dar en cara á sus *amigos* los canovistas.

Yo lo desearía, porque aunque llene de improperios al señor Tort, le tengo y le he tenido siempre mucha simpatía, porque es listo.

¡Si será listo que ha manejado tras cortina el asunto del marqués de Ayerbe, su querido presidente que fué, creemos que en la Vinícola de Aragón!

Pero si el señor Tort se propone ser un buen alcalde, lo será.

Yo ya tengo ganas de verle con la varita en la mano descubriendo los chanchullos de la turba multa de los compañeros suyos.

Si hiciese esto se haría popular.

Y después de muerto le levantaríamos una estatua en medio del surtidor de la Plaza de Cataluña.

Para que estuviese más fresco.

ELIDAN



¿QUÉ HARÉ YO?

Como colaborador
que soy de este semanario,
y aunque soy innecesario,
voy á tener el honor
de escribir mi poesía
para el presente Almanaque
sin que ninguno lo achaque
á presunción... ¡No, á fé mía!
Mas... ¿qué asunto tomaré
para mi composición?
Meterse ya con Colón
resulta un poco *fané*.
Hablar ya mal del alcalde ⁽¹⁾
resulta viejo y pesado,
pues ya muchos han hablado,
incluso yo, y es en balde.
¿Qué dirán si algún festejo
me meto ahora á criticar?
De eso más vale no hablar
pues resulta también viejo.
Sobre amores y quereres,
tontería manifiesta;
hablar de pasión... apesta;
¡pues no digo de mujeres!
porque todo aquel poeta
que así se haya titulado
de fijo habrá dedicado
algún poema á Enriquetta,
á Dolores ó á María,
á la Luisa, ó la Damiana,
á la Carmen ó á la Juana,
á la Emilia ó la Lucía,
ó á alguna otra niña bella
que quisiera con pasión...
en fin, lector, la cuestión
es componer para ELLA.
Yo, que busco novedad
para darle al pensamiento,
en este mismo momento
no la encuentro, la verdad.
¡Jesús! ¿Qué les diré yo
para mi misión cumplir?
¿Musa... podré yo escribir?
La Musa dice que nó.

Ab!... Se me ocurre una idea
que si bien no es argumento,
es, en verdad, lo que siento,
y no me parece fea.
Hoy es un aniversario:
hoy hace dos años justos,
que entre glorias y disgustos,
con éxito extraordinario
se publica LA SAETA...
Reciba la Redacción
una felicitación
de este incipiente poeta.
Felicitó á don Daniel
su director ilustrado,
que bastante ha trabajado
siéndole el éxito fiel.
Porque siga, con fervor
hago votos, pues conviene,
y... porque el año que viene
escriba yo algo mejor.

JOAQUÍN MANINI (hijo)

(1) De Madrid.

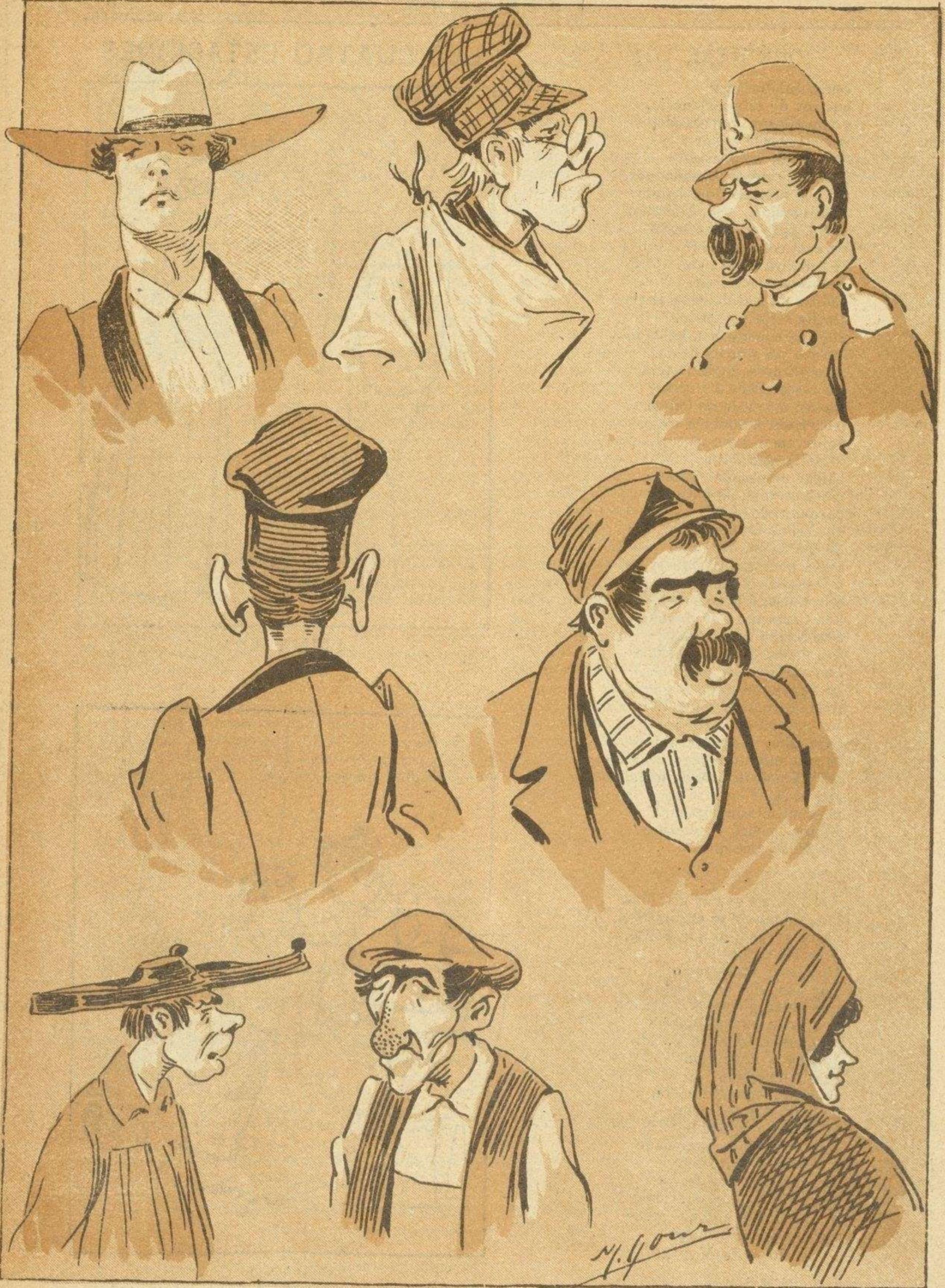
LAS CUATRO ESTACIONES



PRIMAVERA



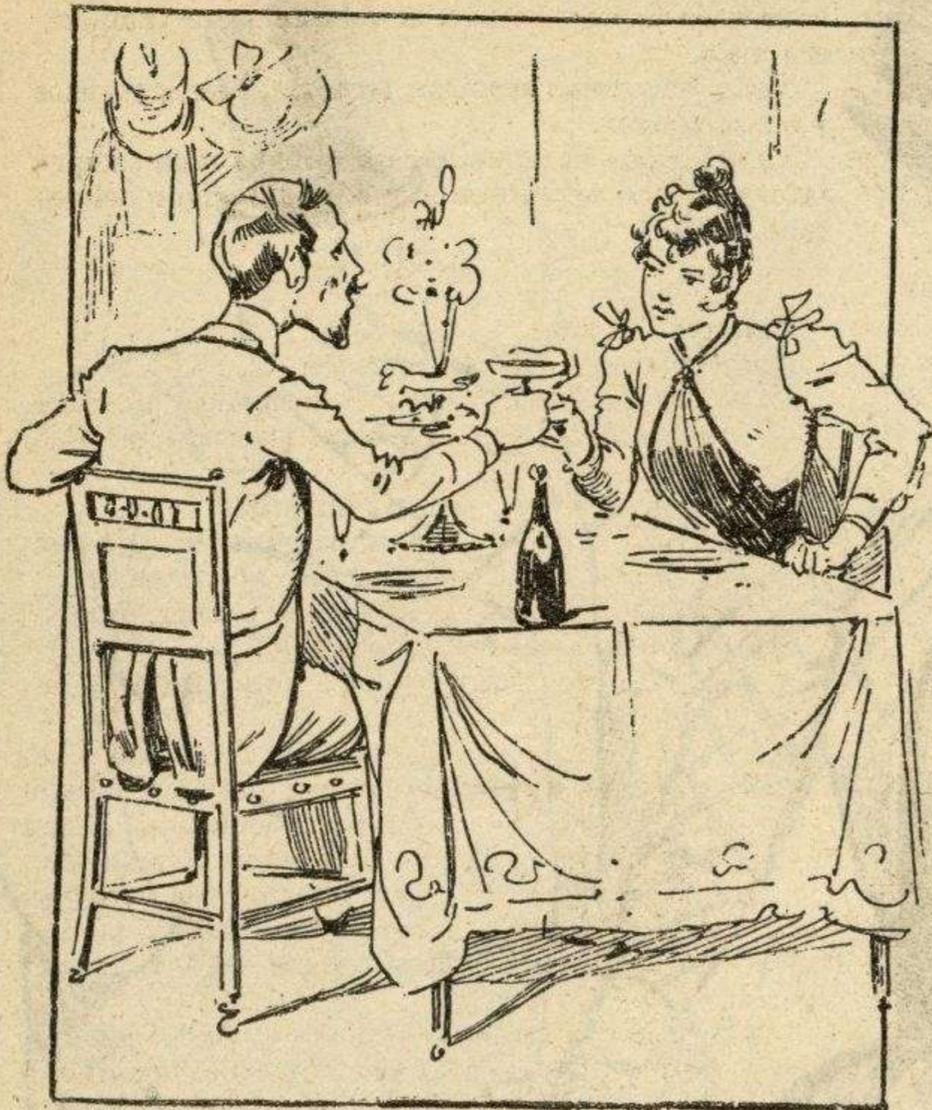
VERANO



El que menos y el que más
de todos los que aquí ves,
ha estado cuarenta noches
en el arca de Noé.



El gavián cazado por la paloma.



OTOÑO



INVIERNO

LA CUNA VACÍA

Suelto el cabello abundoso
Fija la triste mirada,
La idea con los recuerdos,
Con los dolores el alma,
De la noche en el sigilo
Y en las horas más calladas
Cuando más la negra sombra
Del dolor la mente exalta;
Una madre vierte llanto
Que sus megillas escalda
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas.

¡Ay! que en su pecho oprimido
Hierva un torrente de lágrimas
Que desbordado se crece.
¡Y hasta sus ojos rebasa!
¡Pobre madre! ¡Pobre madre!
¡Cuántas rotas esperanzas,
Cuántas muertas ilusiones,
Cuántas delicias y cuántas
Dichosas horas que huyeron
Llora la infeliz, clavada
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas!

Allí fué: no há mucho tiempo
Que allí el inocente estaba,
Sér de su sér, vida suya,
Luz y amor y alma de su alma.
¿Qué le resta? ¡en vano espera!...
Las cariñosas miradas
Del niño buscan sus ojos
Pero ya sus ojos no hallan,
Ni sus oídos escuchan,
Ni su boca se regala,
Que está la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas.

Fero súbito sonríe,
Serena la faz turbada,
Formula frases que solo
Saben las madres formarlas,
Mira al hijo, le contempla,
Le adora, le observa estática,
Le tiende ansiosa los brazos,
Luego le llama á su falda,
Y luego ¡Dios de clemencia!
Loca al vacío se abraza,
Que está vacía la cuna
Del hijo de sus entrañas.

Corazones desgarrados
Por la fortuna voltaria,
Los que en lides amorosas
Sufrís: ¿qué son vuestras ansias?
¿Qué valen vuestras desdichas?
¿Qué valen vuestras desgracias
Comparadas al tormento
De esa madre infortunada,
Que en la noche silenciosa
Vierte un torrente de lágrimas,
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sas entrañas?

L.

LAS CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA

Gumersindo era joven y hasta hubiera sido guapo á no ser por un bulto del tamaño de una nuez que desfiguraba su carrillo izquierdo.

Aquel bulto era su pesadilla.

El amargaba todas sus ilusiones y le había hecho gastar una porción de dinero.

Porque hay que advertir que Gumersindo era rico.

Su padre había cometido, entre varias otras faltas, la de reunir un capital considerable prestando al módico interés del 60 por 100, la de enviudar después de haber tenido un hijo y la de morirse á los pocos años de viudo.

Y digo que fueron esas faltas tuyas, porque la madre de Gumersindo reventó por no soportar la avaricia de su esposo y porque éste, á su vez, se murió por no tomar una medicina que costaba cuatro pesetas, cincuenta céntimos.

Gumersindo, pues, huérfano, con dinero y con lobanillo ó lo que fuere aquel pícaro bulto, empleó gran parte del uno en tratar de librarse del otro.

¡Empeño inútil!

No hubo médico que acertase con el remedio de su mal y el joven acabó por mandarlos á todos á paseo y pensar:

—En fin, procuraré hacerme amar, pese al bultito dichoso.

Y se lanzó de cabeza en el piélagos inmenso, no del vacío, sino de las pasiones.

Tuvo varias conquistas fáciles, de esas á tanto por hora, como los coches de plaza, pero Gumersindo no se dió por satisfecho con ello.

El necesitaba ser amado por sí mismo, con lobanillo y todo.

Al fin encontró lo que buscaba.

Encontró á Emilia que era una chica muy mona, muy coquetona y muy regalona.

La niña, cursí por naturaleza, tenía una mamá más cursí todavía, pero que entendía la aguja de marear.

¿Quiéren ustedes una prueba de ello?

Voy á darles varias.

Gumersindo, novio de la niña, se convirtió en acompañante perpétuo de ella y de doña Hermógenes, que así se llamaba la madre.

Iban al café... y Gumersindo pagaba.

Iban al teatro... y pagaba Gumersindo.

Iban á tiendas... y Gumersindo se encargaba del abono de las facturas.

Finalmente fueron á la vicaría y á la iglesia y á todo dió que sí Gumersindo, lo cual significa que acabó por casarse.

¿Es posible ser más primavera?

ESTIO

Los dos tórtolos llevan unos cuantos meses de casados.

El domicilio de Gumersindo es un paraíso con serpiente.

La serpiente es D.^a Hermógenes que habiendo comprendido el flaco de Gumersindo, á todas horas le está escitando á que coma la manzana, le hablaba de las dotes físicas, morales é intelectuales de su hija, de los deberes del marido y otras varias cosas interesantes.. y de paso hallaba modo de intercalar en el diálogo una petición de dinero, con el cual (con el dinero, no con el diálogo) se daba la gran vida.

Y como Gumersindo era fogoso y Emilia no se hacía de penceas y la madre empujaba y los casados

lo eran de fecha reciente, la vida de éstos tampoco era mala.

Todo se volvían suspiros, ternezas, besos, abrazos y otros excesos.

Es decir que en aquella casa reinaba una temperatura mucho más elevada que la del rigor del verano.

OTOÑO

Pasaron dos años.

Gumersindo empezó á escamarse.

El exceso de ejercicio le tenía fatigado y el exceso de gasto había puesto su hacienda en el más lamentable estado.

Emilia también empezaba á aburrirse.

Un marido indiferente es desagradable, pero un marido pegajoso acaba por hacerse aborrecible.

Verdad es que la culpa no era de Gumersindo.

La tenían su suegra y su lobanillo.

La primera por sus pérfidos é interesados consejos.

El segundo porque le había hecho creer que constituía un verdadero obstáculo para que fuese amado y que, de consiguiente, había pescado la gran ganga con su mujer y debía cuidar que no se le malease.

En esto último estaba en su derecho y en su deber, mas había equivocado el camino de medio á medio.

La única que seguía impertérrita era D.^a Hermógenes.

Se atracaba á lo pavo, vestía con lujo, bien que de la manera mas ridícula que es posible imaginar y se reía de los apuros de su yerno y de las preocupaciones de su hija.

Esta y Gumersindo llegaron á tener algunas disputas, que de día en día se hicieron más agrias y que siempre terminaban por echarse á llorar la joven.

Las lluvias otoñales habían comenzado.

INVIERNO

Por fin Gumersindo dió el trueno gordo.

Su suegra que le dominaba y le maltrataba á cada paso echándole en cara el lobanillo como si no lo tuviera en ella, le incitó á jugar á la Bolsa como remedio único para normalizar el estado de su hacienda, sin hacer economías ni realizar empréstitos.

Y en efecto, el remedio fué tan eficaz que en un bajón espantoso de los fondos públicos, el pobre Gumersindo se quedó sin un cuarto.

Cuando D.^a Hermógenes se enteró de la catástrofe arrojóse sobre su yerno y ¡zás! de un bocado le arrancó el lobanillo.

Luego cayó de espaldas y no volvió á levantarse más.

No pudo ponerse en claro si había muerto de rabia ó atragantada por el bulto de Gumersindo.

Este hubo de padecer dos meses en manos del cirujano y apenas sanó, salió de su casa, echó á correr... y todavía le está esperando Emilia.

Ni uno, ni otro volvieron á verse más, ni lo intentaron siquiera.

El frío de la indiferencia y del hastío, mucho mayor que el del más crudo invierno, se había apoderado de sus corazones.

Moraleja: si tienes lobanillos, no te cases ó cástate con mujer que no tenga madre, ni la haya tenido nunca.

BLAS QUITO

¡QUE COMPROMISO!



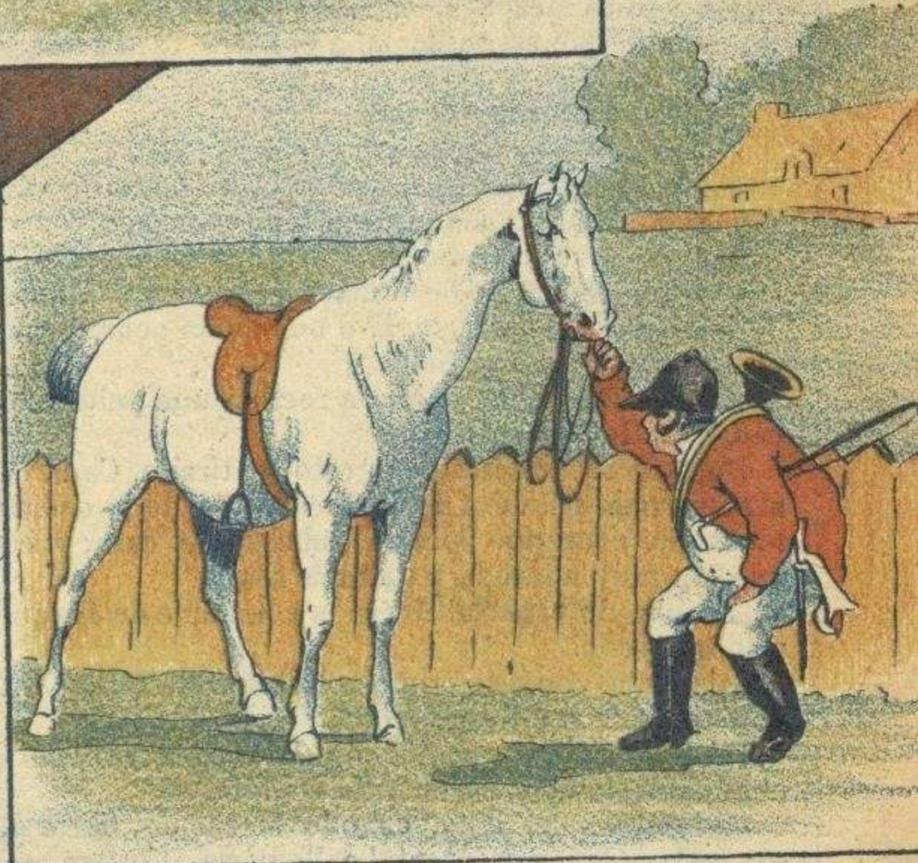
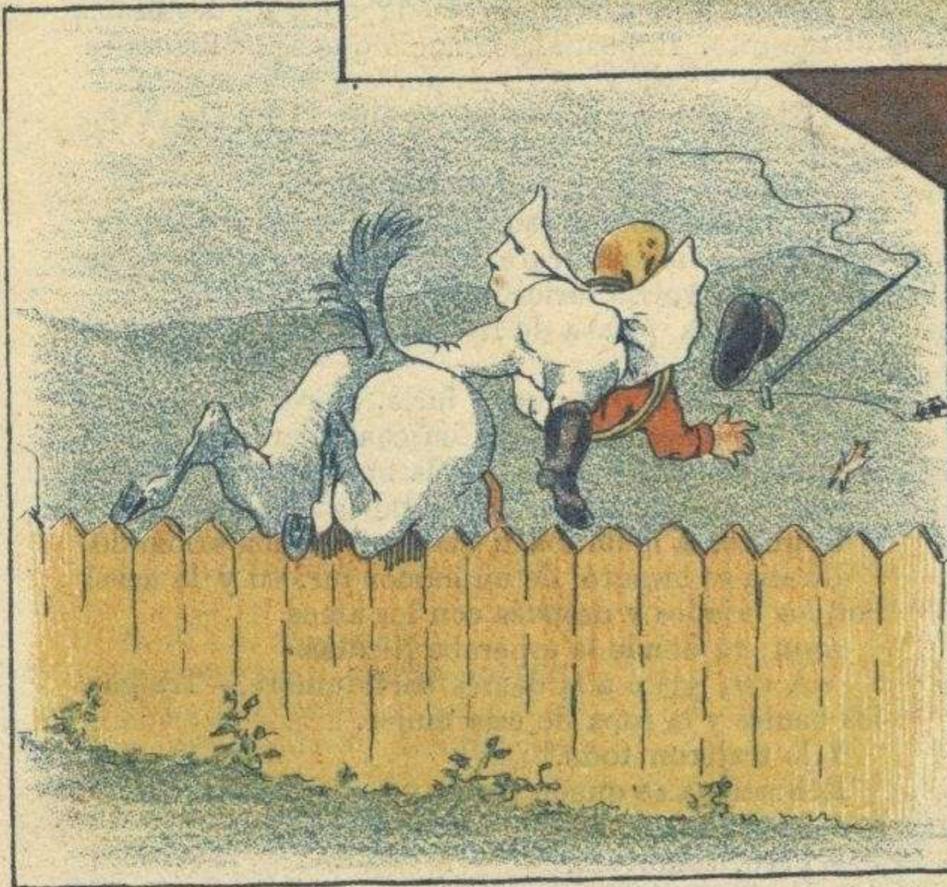
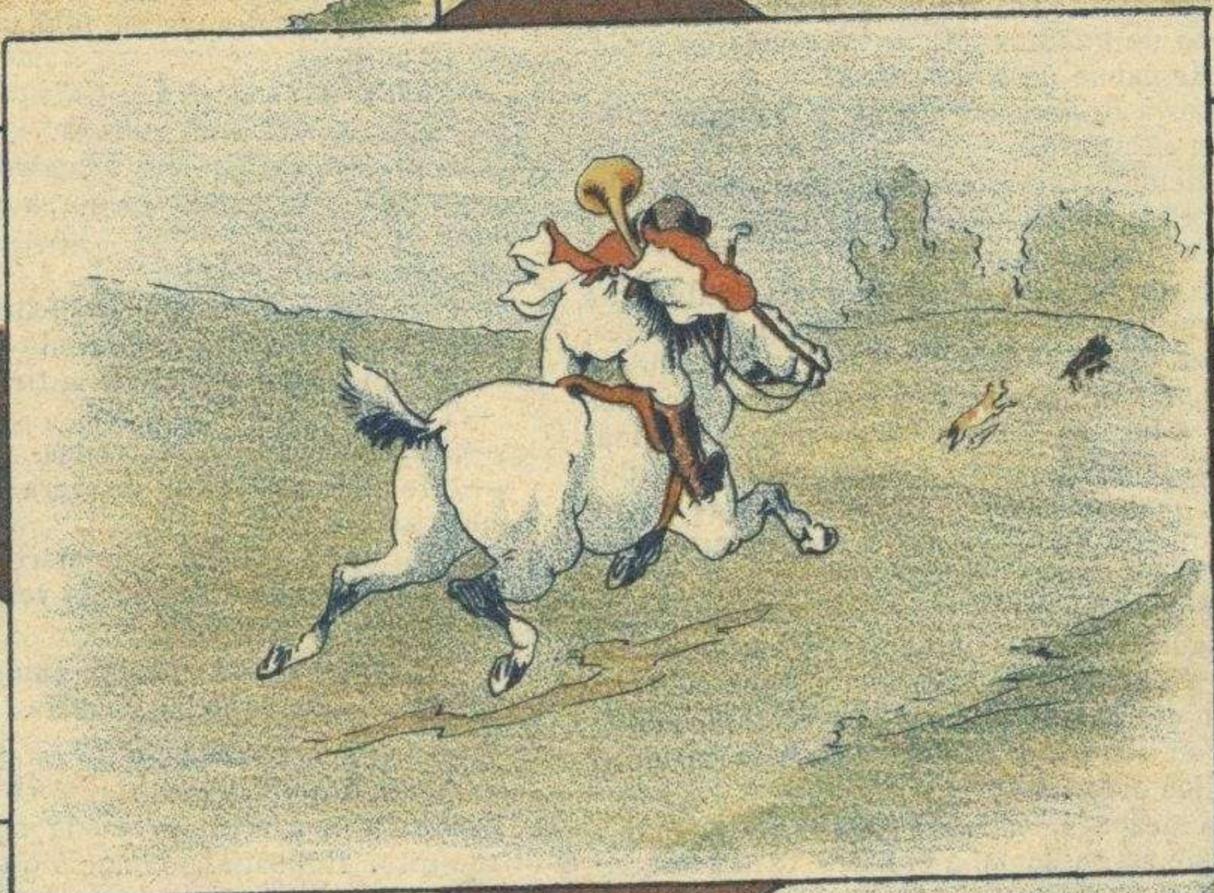
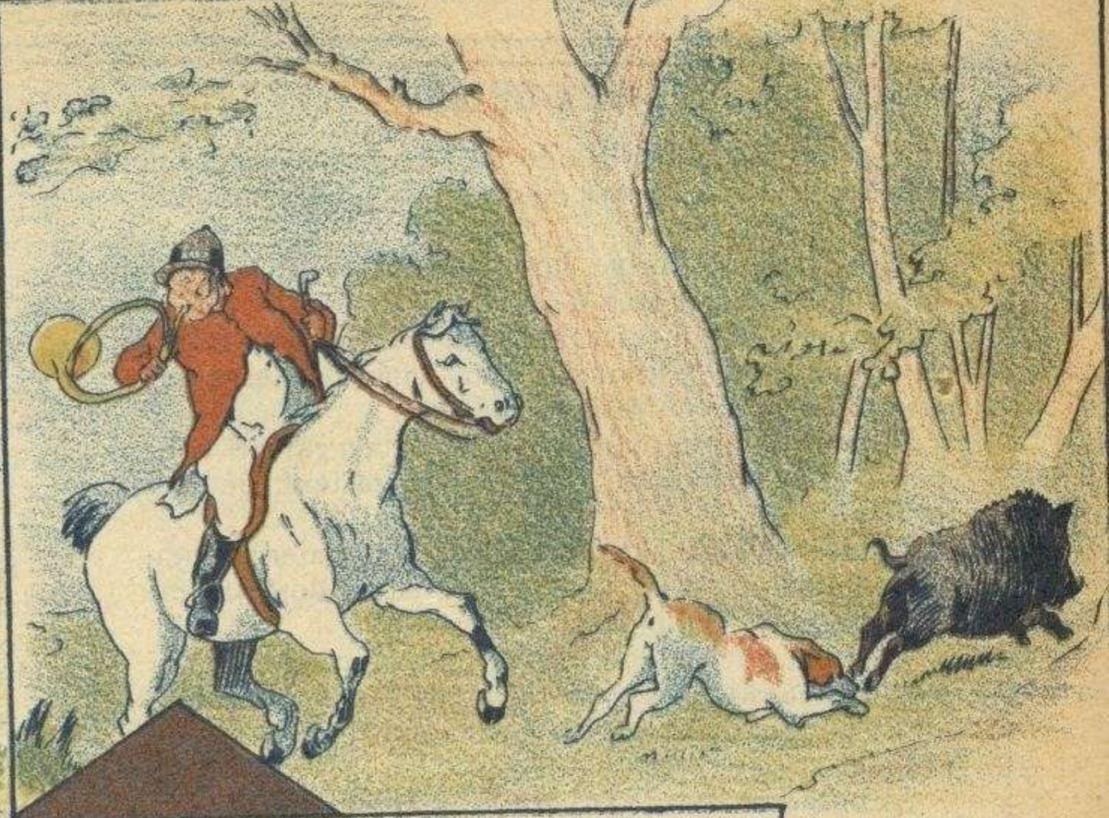
—¿Qué hacías Mercedes?

—Nada,

Almorzaba con el gato,
que se fué al venir usted.

—Pero que enseña la mano.

LA CAZA DEL JABALÍ



1. Sale don Cleto de caza,
con trompa, corcel y perro;

4. mas al saltar una valla
va el jinete al santo suelo

3. y fiero, perro y corcel
corren perdiendo el aliento;

2. levanta un jabalí el can,
el jabalí larga Cleto
lastimándose al caer
las hembras del posadero.

EL AMA DE CRÍA

Hay un castigo tremendo en este mundo, que está casi exclusivamente reservado á las clases acomodadas.

Ellas tendrán dinero, lujo, bienestar; pero ¡ay! que también tienen el ama de cría.

Esta calamidad cae sobre una familia como si fuera un pedrisco, y durante unos cuantos meses hay que soportarla con resignación.

¡Cuánta sangre pudren! ¡Cómo hacen raliar á los papás de la criatura! ¡Qué humos gastan! ¡Qué soberbia!

Vamos á tomar al azar una casa cualquiera donde tienen ama de cría. La de mi vecino don Nicolás Arraigo, por ejemplo.

Este buen señor está casado con Mercedes Hueso y tienen un niño: el primero. Mercedes es delicada y no ha podido criar. ¡Y eso que la pobre bien lo deseaba!

Se buscó un ama guapota, frescachona y sana, y por conducto de una agencia de colocaciones hallaron lo que deseaban en Robustiana.

Ya tenemos á Robustiana instalada en casa como una reina en su trono.

Empezó diciendo que ella necesitaba comer mucho y á todas horas, porque sino se debilitaba.

Y allí fué el hartazgo.

Chocolate con un vaso de medio cuartillo de leche á las ocho; un par de chuletas y queso á las diez; una gran taza de sopas de caldo á las once. Al medio día un almuerzo monumental; á las cuatro otro par de chuletas; á las seis un caldo; á las siete la comida; á las diez dos huevos fritos, á las doce dos pasados por agua, y constantemente en la mesita de noche un gran vaso lleno de leche, por si se despertaba.

Aquello no era comer, era devorar.

Los dos ó tres primeros días, Robustiana no se metió con nadie. Andaba buscando la embocadura.

Al cuarto ya riñó con la cocinera porque las chuletas estaban demasiado hechas. ¡Y qué cosas la dijo! Nicolás, su señora y todos los de casa tuvieron que taparse los oídos.

Unos días después, estando dando de mamar á Joaquinín, que así se llamaba el rorro, tuvo una congoja.

Todos acudieron asustados.

—¿Qué es eso, ama?—preguntó Nicolás.

—Nada, señorito, que, ó se va la cocinera de casa, ó voy á dar muy mala leche á esta criaturita.

—¿Pero qué le ha hecho á usted la cocinera?

—Insultarme. ¡Me ha llamado agujero y pegotona!

—Déjelo usted correr. Eso no vale la pena. Ya me encargaré yo de reñirla.

Efectivamente, la cocinera recibió una peluca por causa de Robustiana.

Pero no se contentó con esto el tirano. Cada día armaba una pelotera á la maritornes de la cocina, hasta que consiguió que la echasen de casa, y eso que era muy honrada y guisaba bien.

¡Y cómo no echarla! Antes era la leche de Joaquinito que todo.

Satisfecha con este triunfo, Robustiana estuvo dos días con relativa tranquilidad.

Después la emprendió con Mercedes y le daba unas contestaciones que la dejaba fría.

El recurso del ama, cuando Mercedes, harta de sus malas maneras, intentaba llamarla al orden, era echarse á reír á carcajadas y cantar á grito pelado:

Cuando yo .. vine aquí.

lo primero que al pelo aprendí...

Otras veces le daba por llorar como si la estuviesen deshollando, y entonces se encerraba con Joaquín en su cuarto.

En vano Nicolás y su señora la suplicaban á la puerta.

—¡Ama por el amor de Dios, abra; no llore!

Que si quieres; ella les había de dar la gran desazón.

En cuanto á pedir, siempre estaba pidiendo.

Cuando salía de paseo y veía otra ama mejor vestida que ella, se concomía.

—Mire, doña Mercedes, qué bien llevan los señores de Gomez á su ama.

—Es que los señores de Gomez son millonarios.

Para tenerla contenta los padres de Joaquinito le daban cuanto podían. Que ahora le sale un diente á aquel angel de Dios, pues un par de duros para el ama. Que se le viste de largo, pues me lia onza.

Pero Robustiana era insaciable. No había en casa trapo que no pidiese.

—Doña Mercedes, ya me podía dar aquel vestido que ya no lleva.

—Pues si no le sirve á usted.

—Se lo enviaré á mi cuñada.

Cuando se pasaban tres ó cuatro días sin darle algo, ya estaba armando camorra con todo bicho viviente.

Nicolás estaba volado.

Un día que oyó unas malas expresiones dirigidas á su esposa, se cuadró delante de la fiera.

—Ama, si usted continua, la tiro por el balón.

—Tiraban.

—¡Déjala!—gritaba Mercedes.

—¿Me quíe usted tirar de veras? decía con sorna aquella alhaja.

Nicolás se marchaba á su cuarto por no pegarle, y entonces oía allá á lo lejos la voz del ama que cantaba:

Tengo un niño chiquitín
que se llama Nicolás.

Y como Nicolás era bajo de estatura, conocía perfectamente á quién iba dirigido el cantar.

Pero se iba acercando ya la hora de destetar á Joaquinito. Robustiana conoció que se le iban á escapar sus víctimas, pero no por eso se enmendó.

—Hay que dar sopas á este niño. Ya es hora que empiece á comer.

—Bueno,—contestó Robustiana.

Al día siguiente intentaron dar sopas á Joaquín, pero éste ponía una cara de condenado, y así que las probaba se volvía furioso.

Era que la pícara de Robustiana ponía acibar en el caldo.

A escondidas de aquella furia, Mercedes comenzó á dar de comer á su hijo. Con cualquier pretexto se alejaba al ama y entonces la madre atracaba á su hijo de sopas, quien las comía tan guapamente.

Robustiana ignoraba la que se le estaba armando.

Un día se levantó de un humor furioso y la armó con los criados y después con los amos.

Aquí era donde la esperaba Nicolás.

—A ver, gritó á la demás servidumbre.—Traigan los baules y la ropa de esta mujer.

Y lo trajeron todo.

Robustiana se quedó blanca.

—Ahora tome usted lo último que le adeudo.

—Pero, señorito...

—En este mismo momento me va usted á salir de casa sin acordarse más de que existimos. Un año, un año entero nos ha estado usted martirizando á to-

dos, haciéndonos negra la sangre; un año que usted no ha guardado á nadie la más pequeña de las consideraciones. Si usted se hubiera portado como debía, hubiera usted tenido en nosotros un apoyo siempre; pero ahora nuestra protección se la puede pintar usted en la pared.

—Perdón, señorito.

—No hay perdón que valga... Es bueno que usted sepa también que más de cuatro veces ha estado á dos dedos de recibir un garrotazo por su insolencia estúpida... Vamos á ver, bestia de carga, ignorante, mema, ¿qué ha conseguido usted con su conducta? ¿Creyó usted ser siempre una reina? ¿Se figuró que si la atendíamos tanto era por su linda cara? Hoy ha llegado la hora de que las pague usted todas juntas. ¡Fuera de aquí, mala cría!

Y á empujones la puso en la escalera con los baulles y los líos de la ropa.

Ustedes creerán que Robustiana se enmendará, que cuando vuelva á criar tratará mejor á sus amos, que será prudente y bien educada. No, señor; si vuelve, como es muy probable, á amamantar un hijo de señor, como ella dice, repetirá, y aun con más coraje todavía. Porque las amas de cría son los seres humanos que más se parecen á las mulas testarudas.

DANIEL ORTÍZ.

ÚNICA SOLUCIÓN

Ya te has llegado á chiflar por lo visto, á mi entender. ¿Con que no sabes qué hacer para poder alcanzar que te adore esa mujer? Pero, Pep'to ¡qué escuché si en lo en amores tan vi-jo y en las conquistas tan ducho me extraña á mí, pero mucho el que me pidas consejo. Sé que *Gloria* es hechicera como no existe otra chica y hará feliz á cualquiera .. cuando su tía se muera que, aquí *inter nos*, es muy rica. Sé que ansías ver cumplida una esperanza ilusoria, de gozar indefinida una *Gloria* en esta vida y en la otra vida otra *Gloria*. Si al hablarla con calor y con lenguaje sencillo no corresponde á tu amor háblala con el bolsillo que es lenguaje superior. Voz que al alma llega viva, y que domina y abarca mejor que cualquier misiva desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca.

Ya dí con algo mejor, ya encontré lo que tu anhelas, ¿quieres alcanzar su amor? pues enciende un par de velas y reza con gran fervor. Que ahora viene á mi memoria que al cura de mi lugar le oí un día predicar que para alcanzar la gloria no hay nada como rezar.

EDMUNDO DE C. BONET.

LOS SERIOS

Estoy muy desengañado de los *serios* de oficio.

Un señor *serio* y grave ante una cosa risible, le juzgo un asno ó un pillastre.

Contad en una reunión un chiste oportuno y de buena ley.

Aquel señor que se ríe de un modo forzado arrugando ligeramente el labio superior y enseñando los dientes, es una mala persona. Aquel otro que permanece *serio*, como si en vez de un chiste le hubierais dirigido un insulto, es un solemne belloto.

Los que dejamos la seriedad para el cumplimiento de nuestras obligaciones, y en un casino ó cualquier otro lugar de recreo nos permitimos alguna alegría, somos tachados de chisgaravis, botarates y otras lindezas.

Pero no hagais caso si pertenecéis á la clase de carácter jovial, á la clase de espíritu sano y conciencia tranquila.

Preferible es esta clase que la de los *serios*.

Los conozco muy bien y los tengo *calados* como á los melones, con perdón de la fruta.

Si no estais de prisa os presentaré algunos ejemplares.

Un amigo mío, de la clase de los *serios*, me puso de vuelta y media, y llegó á indignarse conmigo porque tomé parte en una función dramática á beneficio de unos niños huérfanos.

Pero yo me pasé por el Jai-Alai todas sus exclamaciones, pues me constaba que el tal señor, tan *serio* y tan grave, era médico, y cuando el tiempo estaba bueno, tomaba la escopeta y se iba á conejos, dejando á sus enfermos al cuidado de la Divina Providencia.

Además, valido de su profesión, supe que alguna vez, visitando á la señora de un amigo, rebasó los límites de lo permitido por la moral, el decoro de la clase y la amistad.

Eso sí, el hombre era muy formal y muy serio en todas sus cosas.

Llegaba al casino, cogía *La Epoca*, encendía una breva, y..... ahí está un *serio* de oficio.

Los que turbábamos el silencio del casino con alguna risa, éramos calificados de chiquillos y mirados con el más profundo desprecio.

Ahora me ha dado por jugar á la pelota por tener un medio de hacer ejercicio, por creerlo higiénico, barato, moral, y..... porque me dá la gana.

Pues tampoco eso es serio.

¡Por vida de la seriedad!

Un señor empleado en la Hacienda me pone como chupa de dómene, porque eso de calzarse una cesta y jugar un rato á la



CATEDRA VIKINGIA

GALERIA ARTÍSTICA



EL PIERROT ENAMORADO

Cuadro de E. Bayard.

pelota no es serio. Tal vez sea serio admitir dádivas y obsequios á cambio de hacer la vista gorda ante fullerías y defraudaciones al Estado.



Eso, eso quizá sea ser persona formal y seria. No el jugar á la pelota como los niños.

Al gremio de *serios* les está prohibido aplaudir en los teatros, ó hacer la demostración más insignificante de agrado; unos porque no digieren lo que oyen en el escenario, otros por no perder la gravedad de asno con que se muestran tan orgullosos.

También figuran en esta despreciable clase algunas señoras.

Yo las cenocí muy serias, nunca se rieron, pero tendrán que dar cuenta de muchas informalidades en la otra vida.

Una de tantas tenía prohibido á sus criados que le dieran los buenos días, por creer que esto no era serio y que rebajaba su dignidad.

Otra tenía á sus domésticas muertecitas de hambre, dándose el caso de cenar, las pobrecillas, dos nueces y un mendrugillo de pan.

Otra, la más seria de cuantas conocí, descendiente, según decía, de la muy ilustre familia de los Cogolludos, mandaba á la tienda á buscar dos ó tres piezas de tela para escoger; después las devolvía diciendo que no le gustaban, no sin antes haber hurtado un par de varas de cada clase.



Tenían ustedes que haber oído á esta señora comentar la poca formalidad de las señoritas jóvenes en visita.

Cierto general, que murió antes de la *gloriosa*, persona muy seria y muy formal, arrestó á un oficial por haber doblado en dos el papel de un parte, debiéndolo haber hecho en tres dobleces según ordenanza.

El general estaba en su derecho. Este es un hombre recto y severo como hoy hacen falta, me dije hablando conmigo mismo. Mas; oh decep-



ción! Aquel señor general cometía simplezas y niñerías (por no llamarlas otra cosa) increíbles.

Una vez le regalaron cuatro ó cinco arrobas de fruta de la huerta de Murcia.

—¿Qué hago yo con tanta fruta, si antes de que me la coma estará podrida?

—Regalarla — le dijo el ayudante pensando, tal vez, en la parte que á él le tocara.

—Sí, para regalos está el tiempo.

—Hacer dulce.



—Excelente idea. Pero me va á salir caro por el diantre del azúcar....

Todo el día anduvo el general pensando en el modo de hacer dulce sin gastar dinero en azúcar, hasta que se le ocurrió una idea verdaderamente ingeniosa. Mandó estender y llevar á distintos almacenes de Madrid varios volantes concebidos en estos términos:

«Debiendo proveerse de azúcar los hospitales militares de España é Indias, ruego á V. se sirva mandar á este Centro muestras y precios del referido artículo.

Sr. D.
comerciante en géneros ultramarinos.»

Como es natural, á las dos horas había sobre la mesa del señor general cincuen a ó sesenta bolsas de papel conteniendo cada una cerca de un kilo de azúcar.

Sobró para la composta.

Y ¿para qué continuar?

Tantas notas tengo tomadas de la gente *seria*, que si fuera á escribir cuanto de ellos sé.... ni el Tostado.



MELITÓN GONZALEZ.

Epigrama

«¡Un rayo de luz, ¡oh cielos!
Que ilumine mi existencia!»
Gritaba un desesperado
Sumido en horrenda pena;
Y tan justas allá arriba
Hallaron sus tristes quejas,
Que á las primeras de cambio....
¡Lo dividió una centella!

S. LORENZO Y ALVAREZ.



LAS BOCAS

No he conocido nada más expresivo que la boca, generalmente hablando, conductora del pensamiento, puesto en música por un maestro superior á todos los maestros.

Los ojos, que gracias á una viveza ratonil, han conseguido el título de expresivos, y ventanas con vistas á la calle por donde se asoma el alma, y otros varios títulos y elogios apasionados, son unos infelices comparados con la boca.

Tienen su importancia y su misión respetabilísima que cumplir, y sus diferentes aplicaciones; pero no llegan á la envidiable fama de una ó dos bocas.

Hay ojos hermosos, ojos negros, azules, pardos, verdes, anaranjados, color de ceniza y de otros varios colores. Ojos de puente, ojos de jabón, ojos de llave y lo mismo se pueden pasar por ojo un buque á otro buque, que tomarse entre ojos dos ciudadanos.

**

La boca tiene más significación. A todos nos choca que ciertos individuos no se atrevan nunca á decir: «Esta boca es mía.»

La boca es el depósito de palabras; una máquina de componer por cuyo medio se hacen infinito número de combinaciones y permutaciones con un puñado de consonantes y otro puñado de vocales.

Para guardar un secreto no hay nada como la boca, si esta boca es de mujer.

Hay bocas cerradas en las que no pueden entrar las moscas; bocas entreabiertas como establecimiento comercial en la mañana de un día de fiesta, y bocas abiertas que parece que en algunos prójimos tienen el encargo de reemplazar ó ayudar á los oídos en sus funciones.

Bocas de clavel, como decía Campródón; bocas de rosa y de rubí,—no padre é hijo,—y boquitas de piñón; y como antítesis de estas, bocas de espuerta ó de camaranchón, y bocas negras.

**

Las bocas de riego—no aludo al general—hacen las delicias de los madrileños que observan, y de las madrileñas, que se ven obligadas á enseñar las enaguas á los curiosos, para librarse del furor de los mangueros y del fango, cosas diferentes, pero que tienen muchos puntos de contacto.

Cerremos todas esas bocas, y Madrid volverá á su

sequía y avidez antiguas. El agua de Lozoya todo lo lava, todo lo limpia, todo lo atropella, «no perdona á casada ni á doncella,» como dice en sus pareados famosos el padre Isla.

Dice que la humedad produce en la coronada villa enfermedades que en otro tiempo no se conocían; pero esos inconvenientes no lo son para un pueblo civilizado y que necesita tanto riego como Madrid.

**

Habrán ustedes observado que á boca de noche empiezan la mayor parte de las novelas españolas é históricas, bajo la palabra de sus autores. Durante el día no ha ocurrido nunca suceso tan tenebroso como durante las horas de la noche, y sobre todo en las que son oscuras como boca de lobo, dicho sea sin ofender á la clase.

Añádase á la oscuridad de la noche la boca de una cueva iluminada por un siniestro resplandor, que la dé la apariencia de una boca de fuego, ó la boca de un trabuco, que en Andalucía llaman bochaca; ó la expresión de una boca que pide la bolsa ó la vida, y con cualquiera de las referidas circunstancias, ó reuniéndolas todas, se forma el cuadro más completo que puede imaginarse.

**

No hay boca que no se abra más que una boca-calle, y en cambio la boca de un volcán vomita todo cuanto hay en sus entrañas.

Si el Guadiana tiene sus ojos proporcionados, el Ródano tiene sus bocas, y el segundo río es más respetado en el gremio que el humilde Guadiana.

La boca de un horno es una parodia de la boca del infierno.

**

Un caballo que se desboca es un desgraciado que se suicida. El pez muere por la boca.

La boca también tiene su ortografía: habrán ustedes oído decir muchas veces que algún sujeto pone punto en la boca, y cuando esto sucede la oración termina aunque no esté materialmente correcta.

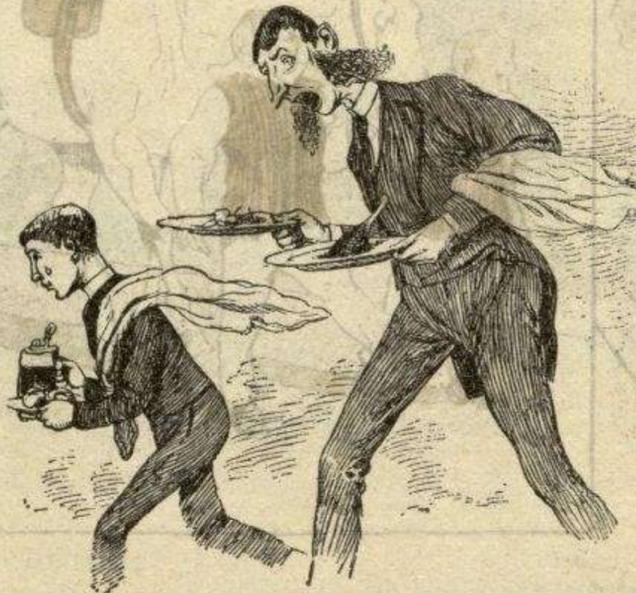
La emulación que escita es muy natural; como no ande un hombre ligero, de la mano á la boca le quitan la sopa.

A lo más selecto, en asunto de mujeres, pongo por caso, y ustedes dispensen, se llama un buen bocado. Entre paréntesis: conozco algunos bocados que bien merecían tomarse por boca,

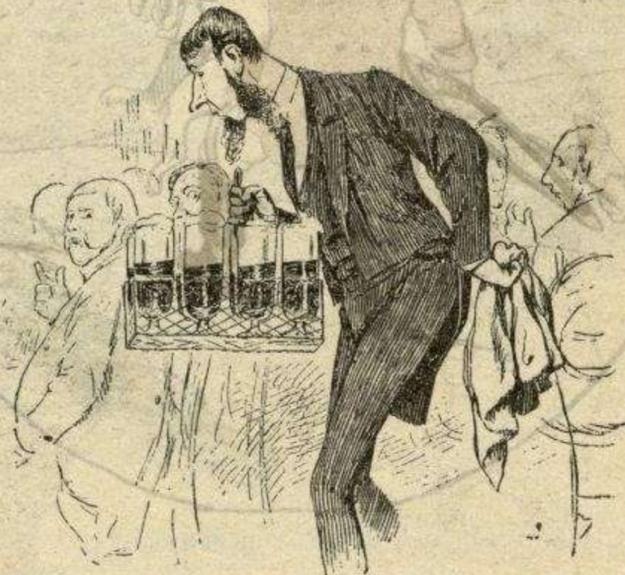
EL MOZO FILARMÓNICO, OYENDO LO QUE TOCA EL PIANISTA



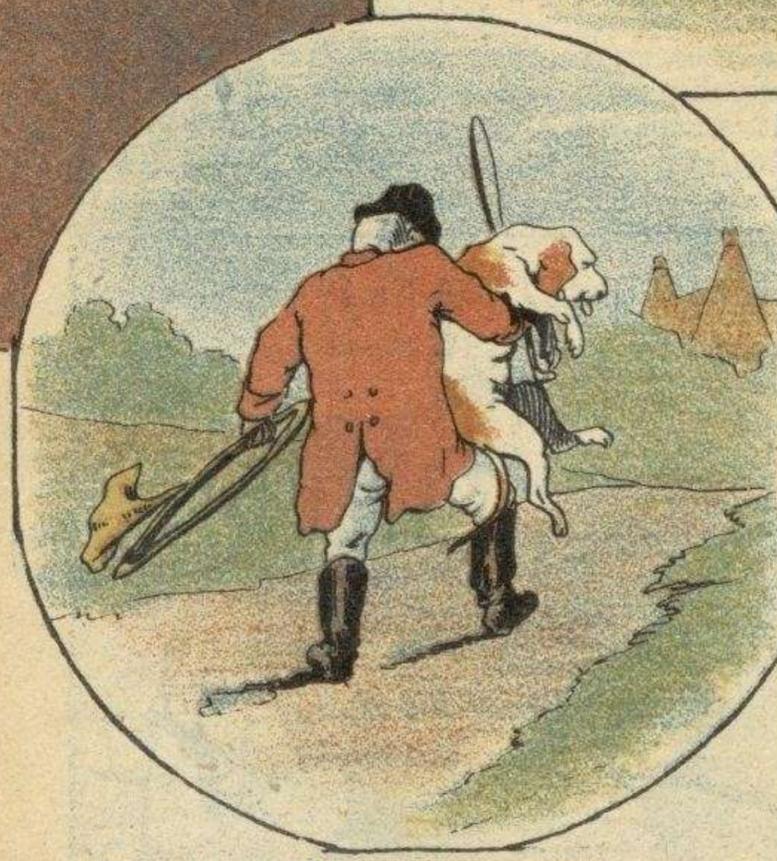
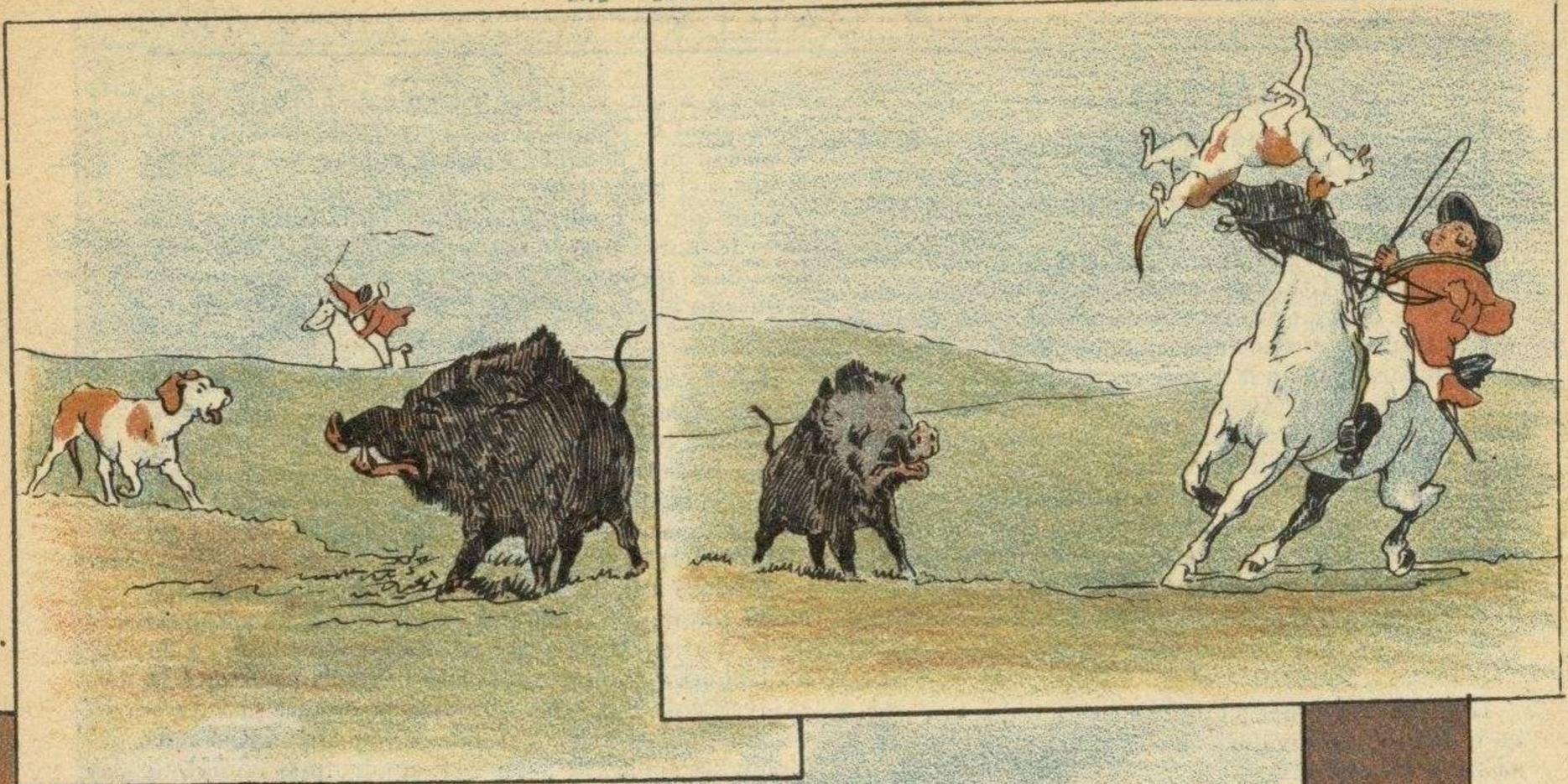
Caballero de Gracia me llaman y efectivamente soy así...



Yo quiero ver cien nobles colgados de un farol...



Vamos todos de puntillas al jardín. (De *El Relámpago*)



6. Vuelve á montar presuroso,
á la fiera sigue intrépido,
9. Con el moribundo can
regresa triste don Cleto;

8. y espantándose el caballo,
á pié deja al caballero.

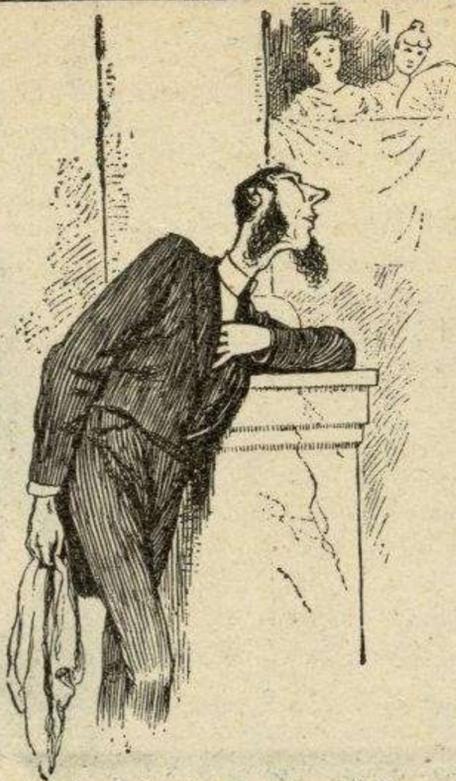
7. el jabali le devuelve
mal herido al pobre perro
10. dispone al animalito el más suntuoso entierro
y jura no ir más de caza, aunque sea de conejos



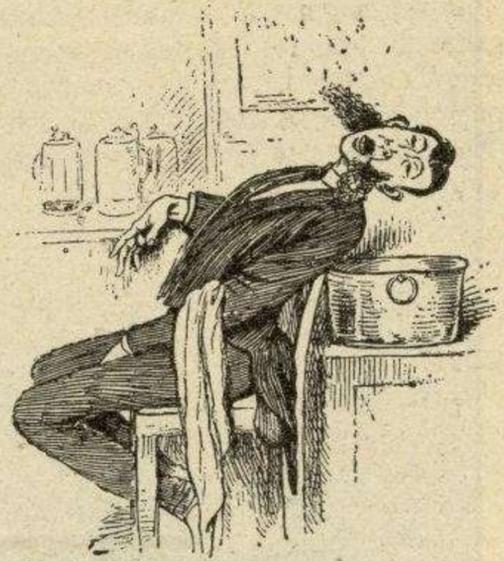
—¡Si tú quisieras, me podrías decir las pilladas que hace tu amo!



¡Yo soy Barba-Azul,
¡Olé!



¡Ay de mí, sin patria ni hogar!
¡Ay de mí, dejadme llorar!
(Romanza)



¿Para qué para matarme
la traidora me buscó?
(Jugar con fuego)

Pero cierro la mía y continúo ó concluyo. Entre las bocas hay gerarquías para cada cual de nosotros.

La boca de la mujer que dá el sí de pecho y demás acompañamiento, es para el hombre que la consulta, adivinando los latidos de su corazón y hebiendo su aliento, la boca del cielo.

La del angel que nos llama padres es algo más que una boca celestial.

Los diminutivos de la boca tienen también su historia y sus defensores. La boquilla para el cigarro es un aparato de fumar sin que se conozca.

Boquica fué un caballero que empezó á darse á conocer guerreando contra los franceses y concluyó sirviéndoles de espía.

Los derivados de boca no están todavía admitidos por la Academia de la lengua, pero se admitirán.

Bocón es un aumentativo que revela un hombre muy charlatán.

Bocanada y *boquis*, léase padecimiento de maestro de primeras letras, hambre.

Hay boquerones y bocas: las vocales se escriben con *v* para distinguirse de los demás pescados ó mariscos.

No quiero hacer mención de los boquetes, y omitiré en gracia á la brevedad, la descripción de la antigua capital y puerto de rio llamado Bocairente.

Al grito de «boca abajo todo el mundo!» se detiene un tren de ferrocarril, un coche ó un valiente; y yo, con permiso de ustedes, me imagino haber oído ese grito y suspendo mis investigaciones y ejercicios *boquibles*.
E.

LO QUE YO DECÍA

Te vi una tarde del mes de enero
que paseabas por el Retiro;
desde ese día por ti me muero,
desde ese día por tí suspiro.

Frente á tu casa los días paso
haciendo el *so* constantemente;
y á pesar de esto no me haces caso,
tú siempre sigues indiferente.

Lo menos doce cartas te he escrito
y ni á una sola me has contestado;
¡sin duda alguna te importa un mito

que yo me muera desesperado!

Por Dios, Purita, cede á mi ruego,
no seas ingrata con mis amores,
no me desprecies, mira que luego
van á culparte de mis dolores.

Dale esperanzas al alma mía
Dale tú alguna tranquilidad,
porque al no hacerlo, cualquiera día
voy á hacer una barbaridad.

Mandó esta carta Pedro Morrajos,
hace dos años á Pura Escó
y ella aunque á fuerza de mil trabajos
con esta otra le contestó:

Tú eres mi encanto, mi pensamiento,
tú eres mi vida, mi frenesí,
tú eres mi amparo, tú eres mi aliento
y yo no puedo vivir sin tí.

Más no he podido, mi dueño amado,
dar á tus cartas contestación
porque mis padres no me han dejado;
porque aprisionan mi corazón,

porque no quieren que yo te quiera,
porque me tienen muy vigilada
y porque quieren que yo me muera
dentro de poco desesperada.

Mi madre sabe que tú me quieres,
mi padre sabe que yo te quiero,
y aunque comprenden que tú te mueres,
y aun cuando saben que yo me muero
no se conducen de nuestras penas,
sufrir nos hacen, sin compasión
más mientras corra sangre en mis venas
te querrá siempre mi corazón.

Y si esto sigue como hasta ahora
ten la completa seguridad,
de que la Pura que á ti te adora
también hará una barbaridad.

Al ver de Pedro, su amor ardiente
y del de Pura la poesía
pensé: estos chicos seguramente
harán alguna majadería.

Y así en efecto sucedió al fin,
puesto que el día de la Ascensión,
en la parroquia de san Martín
les echó el cura la bendición.

VALENTÍN MOURO

PREGUNTAS NECIAS

Con frecuencia, y sin darnos cuenta de ello, incurrimos en la vulgaridad de dirigir preguntas necias á las personas con quienes hablamos.

Por regla general, cuando de nuestros labios sale alguna de esas necedades es porque no sabemos qué decir á nuestro interlocutor ó por que éste nos es antipático y nos vemos obligados á dirigirle la palabra.

¡Qué pocas veces cometemos esa falta cuando hablamos con una mujer hermosa!

—¿Qué hay?

Esta es una de las preguntas que más suelen usarse cuando se tiene que hablar con alguien y no queremos saber nada de él ni nos importan las cosas que puedan atañerle.

Y aun hay más de un chusco del ramo de tontos, que contestan con arreglo á fórmula:

—Mucho y muy mal repartido.

La mayoría de las personas responden:

—Nada.

Ó bien:

—¡Qué quiere V. que haya!

Á veces suelen degenerar en necias, preguntas como la siguiente:

—¿Cómo está V.?

Viendo que al que va dirigida está enfermo en la cama ó estudiando, ó rascándose el cogote. Si nos coje malhumorados y contestamos:

—Hombre, ya vé V. estoy trabajando (por ejemplo)

Enseguida el interrogante le sale á V. al paso diciendo:

—De salud ¿cómo vamos?

—Bien, gracias.

—¿Y la familia?

—No tengo.

—¿Ni un tío siquiera?

—Debo tener uno en Méjico.

—¿Y está bueno?

—Si le interesa vaya V. á preguntárselo, porque no me ha escrito en su vida...

Es que hay hombres que su único afán es el preguntar.

Pero lo preguntan todo, lo que les importa y lo que nó.

Yo conozco una infinidad de hombres de esos y confieso que prefiero á encontrarme con uno de ellos, encontrarme con un *inglés*.

Y cuidado que siempre es repugnante el encuentro de un acreedor, pero yo lo prefiero. En primer lugar porque los *ingleses* hablan poco y luego se excusa V. del mejor modo que puede y queda V. libre, feliz é independiente; pero ver venir á un hombre de esos que se creen con derecho á preguntarlo todo y á que se les conteste, verlo venir y observar que apenas le divisa á V. se remoja los labios como paladeando el placer (suponiendo que el placer se paladea) de dirigirle á V. una sarta de preguntas, es un martirio, que ni el de Tántalo es comparable.

Y no vale que diga V. por salir del paso:

—Dispense, don Aniceto, llevo prisa, voy á casa del sangrador para que vaya á poner una docena de sanguijuelas á la hija de la portera que tiene alfercía.

No le salva á V. ni la caridad. Lo primero que le dice es:

—Caramba, ¿dónde va V. tan deprisa?

Y en seguida:

—¿Ha venido V. ya? Supe que estaba V. fuera.

—¿Y qué me cuenta V., cómo marchan los negocios?

—¿La mano la tiene mejor? recuerdo que se resentía V. de la izquierda la última vez que nos vimos.

—¿Á que no acierta V. de dónde vengo?

—No sé.

—De casa D. Facundo. ¿No sabe V. lo que le ha pasado?

—No puedo decir.

—Pues se casó. ¿Recuerda V. una chica rubia, delgada, nariz aguileña, que iba al café los jueves por la noche?

—No, no recuerdo.

—Pues esa es la esposa de D. Facundo. ¿V. qué opina?

—¡Qué quiere V. que opine!

—En su opinión ¿qué le parece ese casamiento?

—Á mí nada.

—¡Bah! Le dejo, veo que está V. muy preocupado; pero ahora me fijo, va V. hecho un marqués. Qué buen gusto ha tenido V. en la elección de la tela ¿Es inglés?

—¿Quién?

—El traje.

—Lo ignoro.

—¿Quién le cose á V.?

—¡Á mí! Nadie.

—Y lleva V. una corbata preciosa. ¿Cuánto le ha costado?

—Es un regalo.

—De alguna mujer ¿eh?

Hay veces en que uno siente ganas de estrangulár á esos atormentadores que con sus preguntas se complacen en mortificar al género humano.

—¿Á que no sabe V. quién ha muerto?

—No.

—¿No recuerda V. á Rodriguez?

—No, señor.

—Aquel que llevaba un traje de color de pasaciuela y botas rojas.

—A ver si cae V. ¿Conoce V. un corredor de fincas que es hermano de un señor con bigote negro, cuñado de uno que tiene una farmacia en una plaza que hay yendo por esta calle, torciendo luego á la izquierda, que en medio hay una fuente...

Señas mortales.

Se ha dado el caso de que el *victima* al verse interrogado con una pregunta poco más ó menos como la última que trascribimos haya salido pidiendo socorro.

Existe un medio para librarse de esta clase de impertinentes.

Casi siempre, los que gozan enterándose de asuntos ajenos, no gustan de que nadie se entere de los suyos.

Así es que cuando no se pueda evitar el encuentro con un individuo de esos (que es siempre el mejor medio) apenas estén á tiro, sin detenerse y sin escupir siquiera se les disparan todas estas preguntas:

—¿Cómo está V.? ¿Qué hace V. por aquí? ¿Á qué ha venido V.? ¿Porqué no se ha puesto la levita? ¿Aun tiene V. aquella criada tan guapa? ¿Á qué café va V.? ¿Y su hijo se ha licenciado yá? ¿Se volvió V. á casa? ¿Y de dinero cómo estamos?

Y si el remedio no prueba... que me ahorquen.

JULIAN PEREZ CARRASCO

Cantares

No me beses con cuidado,
Porque soy como las fieras
Que al quererse se hacen daño.

**

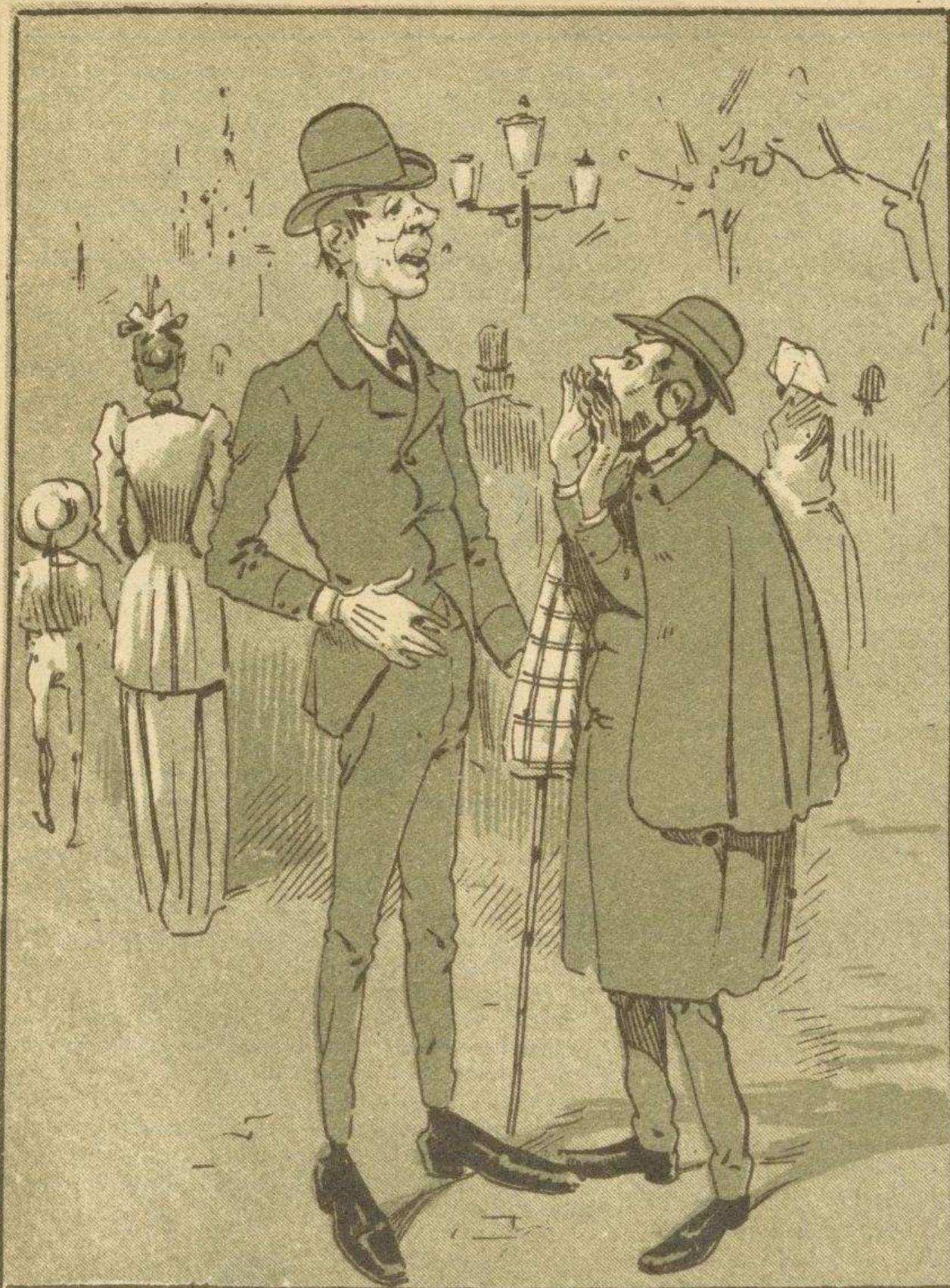


—Créeme, hija mía, entre el barón y el marqués, decí-
dete por este último, que es más rico.
—Yo ya me decidiría por el marqués, pero ¿qué dirás tú?
—Yo? Nada absolutamente.



—¿Quién me había de decir á mí que había de ser la
manzana de la discordia entre este sobrino y este tío?

QUISICOSAS



— ¿Ve usted aquella que pasa por allí? Pues la he tenido que dejar por coqueta y despilfarradora.

— También yo.

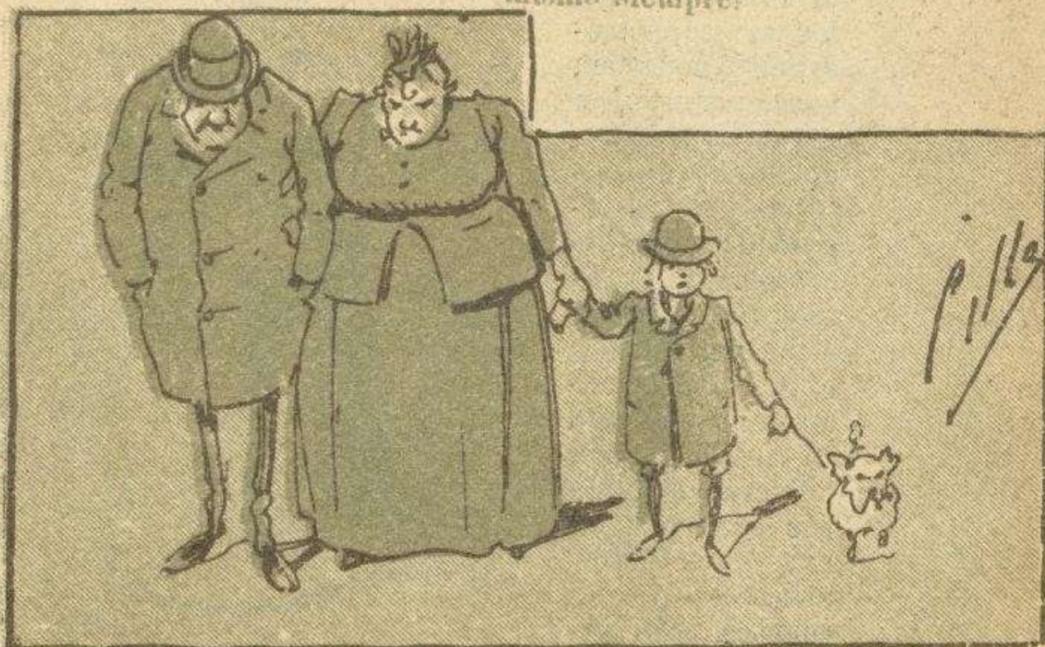
— ¿Usted la conoce?

— Pues si es mi mujer.

— ¡Siempre me pilla el frío con traje de verano! ¡Como que es el mismo siempre!



Como empieza.



Como acaba.

Se puede dudar de Dios
Y hasta olvidar á una madre,
¡Pero vivir sin querer,
Eso no lo puede nadie!

* *

Yo no sé que hace más daño,
Si el acero en las entrañas
O en el pecho un desengaño.

* *

Llevas flores en el pecho.
Siempre se han puesto las flores
Muy cerquita de los muertos.

* *

Cual un estanque es tu cuerpo,
Belleza en la superficie,
En el fondo, mucho cieno.

ANGEL M. DE PINILLOS.



DE HERODES Á PILATOS

o he sido jóven, aunque me
esté mal el decirlo.

En cambio jamás fui gua-
po, lo cual no me impidió
padecer bajo el poder de
las patronas y vice-versa.

El vice-versa se realizaba
muy amenudo, no por falta
de voluntad sino de meta-
les preciosos, como decía
uno de los ejemplares de

la especie (de la de patronas) que, á causa de su fre-
cuente roce con un estudiante condenado á cuarto
curso de medicina por toda su vida, llamaba al agua
protóxido de hidrógeno y á las judías sustancia fecu-
lenta aunque gaseosa.

¡Era mucha mujer doña Robustiana! ¡Como que lo
menos pesaba catorce arrobas!

Bajo el frívolo
pretexto de que
los carniceros ma-
drileños no tienen
conciencia y dan
carne averiada,
abundante en bac-
terias y micro-or-
ganismos (ella de-
cía micos organis-
tas), nos sujetaba
á un régimen ve-
getal de excelen-
tes resultados para
su bolsillo y que
hubiera concluido
por convertir en
transparentes
nuestros opacos
cuerpos, sino hu-
biésemos acordado dejarla entregada á sus deliquios



amorosos con el forzado de medicina, único sér feliz
de aquella casa, pues doña Robustiana no le escasea-
ba la carne, bien que obligándole á cargar con la suya
por añadidura.

Mis compañeros de armonías teculentas y yo,
nos separamos al dar por terminada aquella apoteo-
sis de las legumbres.

Ellos buscaron su acomodo por donde bien les vino
y yo encontré el mío en casa de la salerosa Rosario,
andaluza ella, delgada, airosa, retinta y bien arma-
da; el polo opuesto de doña Robustiana.

Como era jóven y hasta guapa inclusive, contaba
tantos adoradores como
huéspedes y he de con-
fesar que ella tenía alma
y aun cuerpo para ha-
bérseles con todos sin
ulterior compromiso.

—¡Aquí sí que voy á
estar como en la gloria!
— me dije.

Y la verdad es que los
primeros días no hubo
más que pedir.

Rosario trataba bien
á sus huéspedes.

Así lo manifesté á uno
de mis compañeros de
pupilaje en un raptó de

expansión que me produjo la presencia en la mesa
de una excelente merluza con mayonesa, servida de-
trás de un sustancioso cocido.

El huesped que ya era antiguo en la casa se sonrió
con sorna y me preguntó:

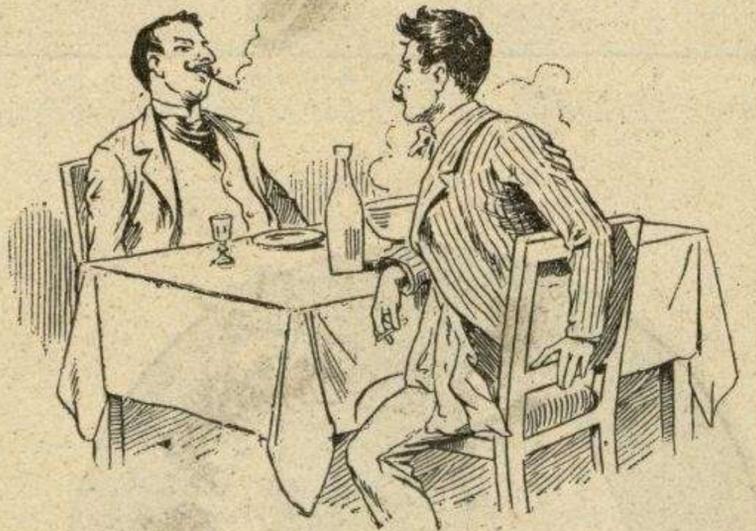
—¿Tiene usted mucha ropa?

Aunque no comprendí la relación que pudiera exis-
tir entre la merluza y mis prendas de vestir, le res-
pondí en latín para mayor claridad:

— *Omnia mea mecum porto.*

—No entiendo el griego,— me respondió.— Lo su-
primieron cuando yo empezaba el bachillerato.

Dime por suficientemente vengado de su sonrisa y
traduje:



—Quiero decir que no tengo más que lo puesto.

—En ese caso,— me contestó misteriosamente,—
no se acueste usted nunca sin echar la llave á su
cuarto.

Mi confesión y el consejo no podían ser más incon-
gruentes, á mi juicio; y como el aconsejante leyera
en mis ojos el asombro que me causaron sus palabras,
repitió en tono solemne:

—No se acueste usted nunca sin echar la llave á
su cuarto.

Levantóse al decir esto y se metió en su habita-

ción de dos zancadas, pues era un prójimo larguirucho y delgado, con dos piernas dignas por su longitud del coloso de Rodas.

El consejo me dió en qué pensar, pero muy pronto creí haber dado con el secreto pensamiento de mi compañero.

—Rosario es guapa, —me dije;— la he mirado dos ó tres veces así, con cierta intención, y parece que me ha correspondido... Aquí todos la obsequian y éste sin duda ha querido hacerme concebir recelos injustificados... y quién sabe si impedir que reciba yo de noche alguna agradable visita...

Y naturalmente, dejé la puerta abierta de par en par.

Pasaron seis ú ocho días sin novedad.

Al fin una mañana me desperté como de costumbre, ó sea dejando de dormir; y fui á ponerme los pantalones.

Allí habían estado.

Después de buscarlos por todas partes, grité:

—¡Rosario!... ¡Rosa!...

No tuve tiempo de concluir, pues mi sandunguera patrona se me presentó como si hubiera estado detrás de la puerta esperando mi llamamiento.

—¿Y mis pantalones? —pregunté.

—¿Porqué no se pone usted otros? —interrogó á su vez dirigiéndome una hechicera sonrisa y aparentando no ver que me hallaba en calzoncillos en medio de la habitación.

—¡Porque no los tengo! —repose con noble franqueza, como dicen en los folletines.

Rosario quedó consternada,

—¡Dios mío! —exclamó.— ¡Si yo lo hubiese sabido...

—¿Qué significa...

—¡No grite usted!... Ya nadie duerme en la casa más que don Sisebuto y si se despierta estamos perdidos...



—¡Pero señora!...

—Espere usted un rato y sobre todo no haga ruido... Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

Y sin aguardar respuesta, salió dejándome sumido en un mar de dudas y temblando por la suerte de mis únicos pantalones.

Afortunadamente poco después volvió Rosario muy sofocada y con la susodicha prenda que colocó sobre una silla, diciendo:

—¡Suerte ha tenido usted! D. Sisebuto no se despertó... Es el único que tiene capa de recibo... Verdad es que estamos en Diciembre... Pero á cuerpo se puede ir y sin pantalones no...

Dicho lo cual volvió á dejarme solo.

Por la tarde conté el caso al hésped que me había dado el consabido consejo y me respondió:

—Ya se lo previne á usted y no me creyó, por lo visto. Rosario es una excelente mujer; con ella tenemos todo lo que queremos; pero como la pagamos tarde y mal... cuando la pagamos, apenas se vé sin dinero, se cree autorizada para cojer la prenda que halla más á mano y llevarla á Peñaranda... Nosotros ya estamos acostumbrados... y usted se irá haciendo...

Se equivocó, pues como el estado de mi equipaje no me permitía exponerme á pasar la flor de mi juventud en calzoncillos y liado en una sábana á modo de jaique marroquí, aquella misma semana renuncié á Rosario y á sus procedimientos económicos y di con mi cuerpo y con mi baul lleno de libros viejos en casa de doña Circuncisión, viuda, con dos hijas más feas que el pecado, más secas que el abadejo y más románticas que las novelas del vizconde de Arlincourt, lo cual no las impedía disputarse prosaicamente á cachete limpio los hombres... que no pensaban en ninguna de las tres.

Una madrugada despertóme un descalzaperros de mil demonios.

Doña Circuncisión berreaba, la hija menor lloraba á moco tendido y la mayor lánguidamente recostada en el único sofá de la casa, enseñando una tabla de pecho que no necesitaba estar pintada de verde para no criar chinches decía sollozando:

—¡Todo ha concluido para mí!

—¿Qué hay?

—¿Qué ocurre? —preguntamos los huéspedes, precipitándonos á la sala en la más elegante negligé.

—¡Que mi Etelvina se ha envenenado!

—¿Con arsénico? ¿Con ácido prúsico? ¿Con estrignina?

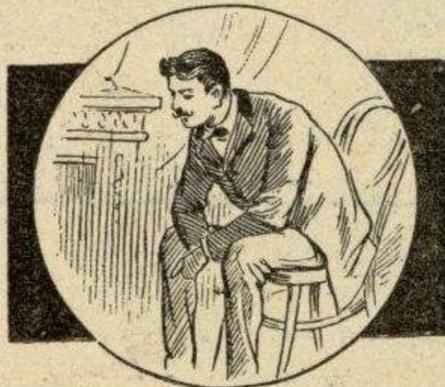
—¡No! ¡Con petróleo! ¡Se ha bebido cerca de un litro!

Como todos comprendimos que la cosa no podía traer sino consecuencias purgantes, nos echamos á reir y yo dije:

—Entonces el remedio es sencillo: que vayan por una vara de mecha, se traga una punta, se pega fuego á la otra y en paz. Todo es cuestión de que sirva de quinqué por unas cuantas horas.

Aquella solución salvadora me valió ser expulsado ignominiosamente de la casa.

Resumiendo: harto de ir de Herodes á Pilatos, me casé; mi mujer es buena, guapa, hacendosa; pero... ¿querrán creer ustedes que hay momentos en los que echo de menos á mis patronas?



EDUARDO BLASCO.



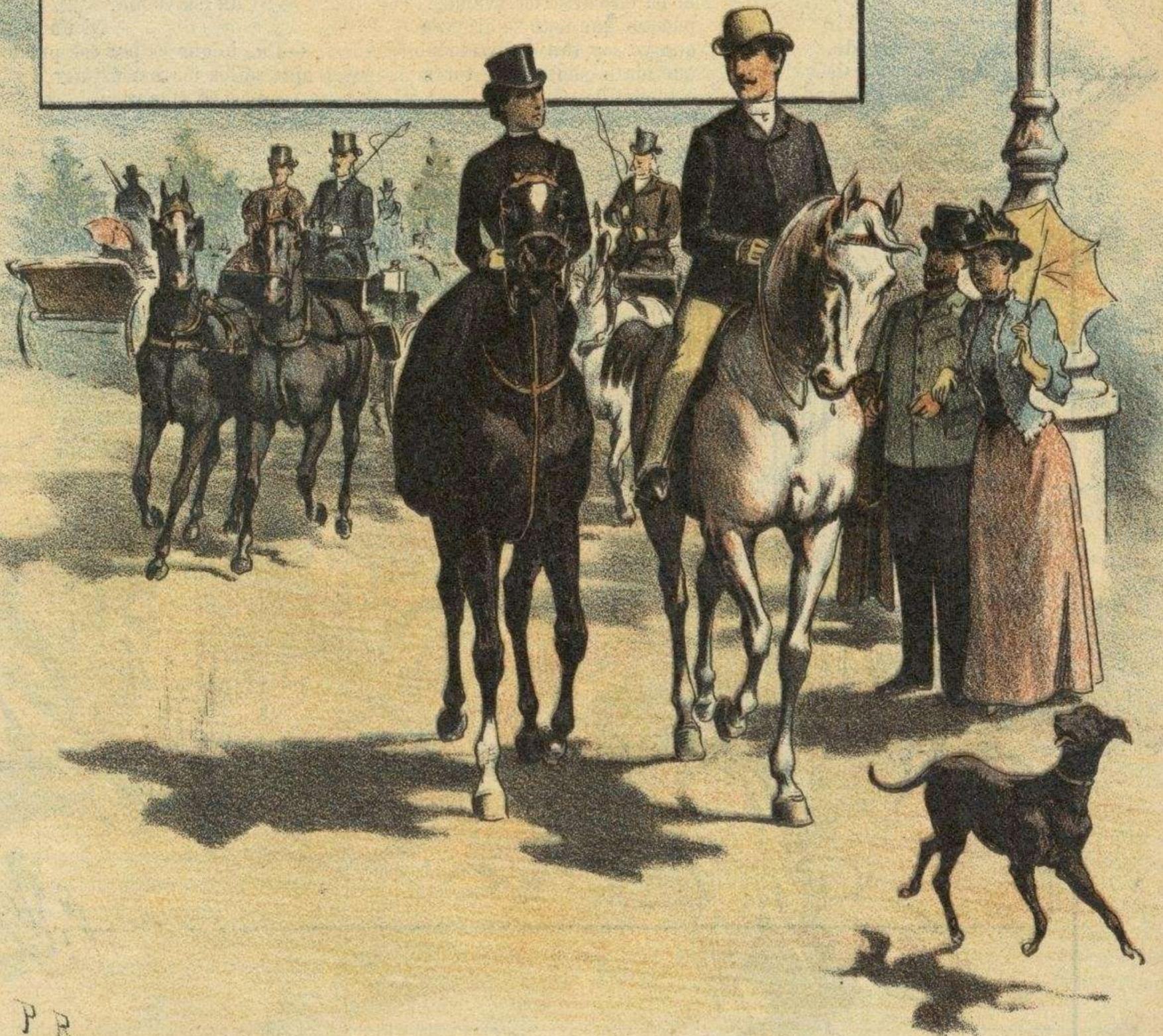
Pasan veinte años, vuelve él,
y al verse exclaman él y ella:
—¡Dios mío, y éste es aquel!
¡Santo Dios, y ésta es aquella!

EN EL DESFILE

Un matrimonio ha salido
 á ver el desfile, y *ella*
 dice al esposo, entretanto
 que á dos ginetes contemplan:
 —¡Qué felices deben ser!
 ¡Han estado en las carreras!
 Coches, *jockeys* y caballos
 han podido ver de cerca
 y sin duda algunos duros
 jugaron en las apuestas.
 Por eso, su continente
 la satisfacción revela.
 ¡Mira qué alegre va él
 y qué orgullosa va ella!
 ¿Porqué no somos nosotros
 como esa feliz pareja?
 El marido la responde:

—En tus hipótesis cesa.
 Ese hombre es un perdido,
 no muy ganada la hembra,
 alquilaron los corceles,
 nada tienen que no deban
 y como su bolsa está
 desprovista de monedas,
 es seguro que habrán visto
 el hipódromo... por fuera.
 En este mundo, hija mia,
 engañan las apariencias
 y hay muchos que, semejantes
 á esa orgullosa pareja,
 figuran en el desfile...
 ¡y no han ido á las carreras!

BLAS QUITO



P R.

EN CASA DEL EMPRESARIO

—¿Er señó don Generoso Espadañeta, impresario de la prasa de Sivilla?
—Servidor de usted.

—No tanto; poique aunque yo vargo mucho y ma crié en güenos paños no soy orguyoso, digo, y sino la muestra ar canto.
—Bien ¿pero qué es lo que quiere?
—Tié rason; vamo ar grano que es lo que importa: Yo soy Pepe Sanz er Descarado, mataor de sircustancias.
—¿De circunstancias?

—Permazo: mataor de toros, pero quise desí que yo vargo un porquesí yeno de oro, con er estoque en la mano.
—Entendido.

—No señó; delante der bicho ¿estamo? No acostumbro yo á matar los toros dende lo arto.
—¡Hombre! le quise decir que ya quedaba enterado.
—Güeno. Pus como desia, yo he nasío en San Fernando è Cai.

—Enhorabuena
—Cá; no señó ¡ni pensarlo!

en hora mala y mu mala, poique yo nasi á las cuatro y trese minutos; martes y día trese de marso; conque desfiguresé.

—Debo advertirle...

—Ya acabo. Me he enterao por un sobrino de un hijo de un primo hermano de un cuñao de mi mujé, que andabasté contritando gente pa dar dos corrias

—Cierto; no le han engañado.

—Destonses, don Generoso, á ver si mos arreglamos.

—¿De modo que usted?...

—¡Crarito! Vengo á ver si me contrato; ya le he dicho á usté endenantes que vargo la mar, matando veragüenos.

—(¡Qué modestia!)

¿Pues será usted un Lagarto?

—¿Un Lagarto? ¡Tié esto grásia!

Cáyese usté, so primacho; Lagartijo no me sirve ni pa descarsarme ¡vamos! puá ser que usté se creyera que yo soy tan mamarracho que mato como er los toros á juersa de goyetasos, gorviendo la finonimia.

¡Vusensia se está queando con mangue!

—No tal; creí...
— Pos hiso mu mal.

—¿Y cuánto piensa usted ganar?

—Misté yo siempre he sío mu franco, y no quió andar con rodeos; firmo ensegüia er contrato si me dasté ocho mil rales por cá corria.

—¡Canario! ¡cuatro cientos duros fuertes!
—Iguar me da si son brandos
—Lo que me parece á mí es que está usté algo tocado de la cabeza.

—Oigasté; la gente se entiende habrando ¿cuánto me va á dai?

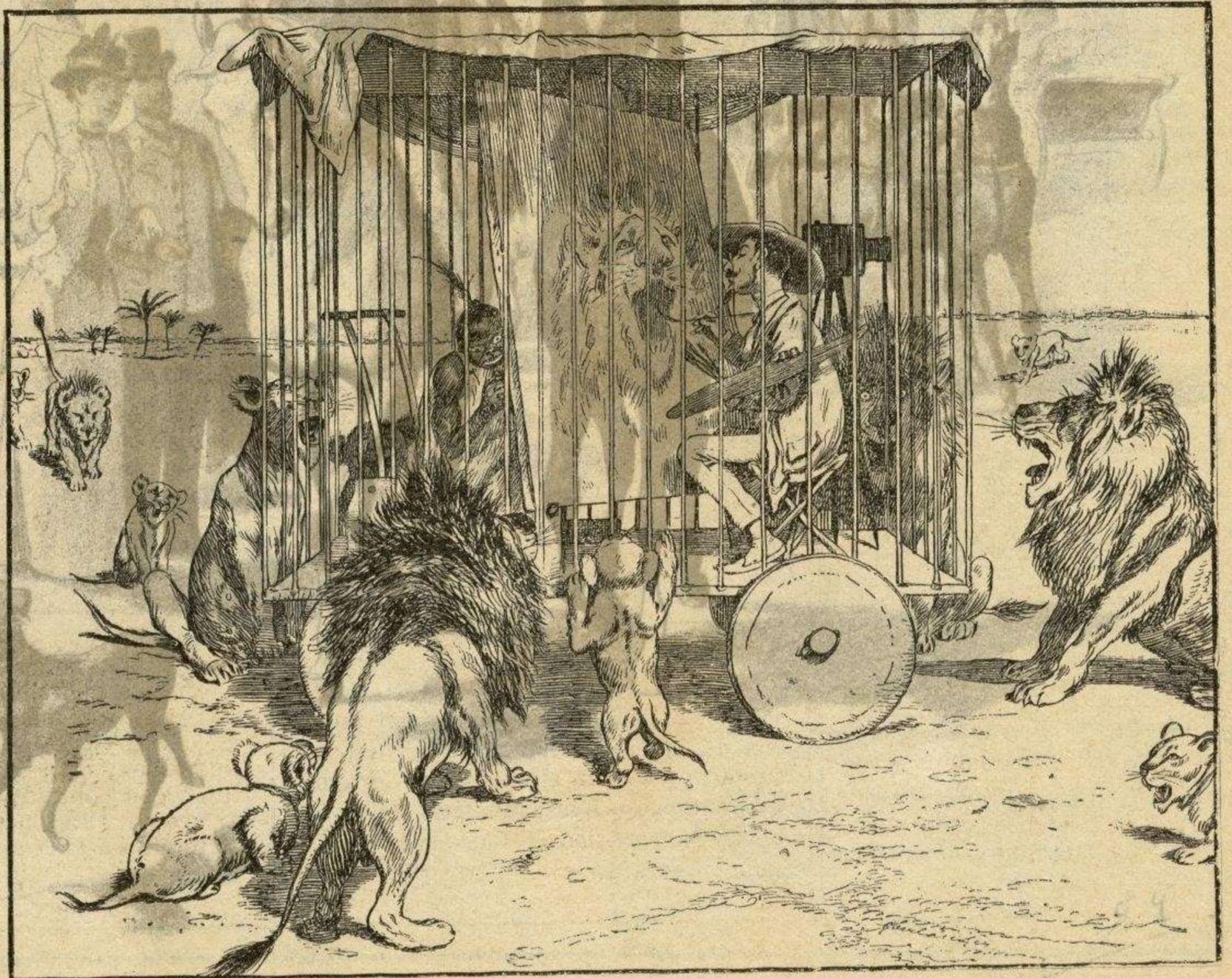
—Lo más que puedo darle, en el caso de matar los doce toros, son veinte duros, contando conque corren de mi cuenta su viaje y todos los gastos de contrata de cuadrilla.

—¿Ni un chavo má?

—Ni un ochavo.
—Pus lo que es por ese présio que se los mate á usté er Tato. Agur, señó Generoso.

—Adios, señor... Descarado

V. M.



Método infalible para tener delante toda clase de modelos.

LA GUITARRA

El artesano tiene su lira; la guitarra.

En ella canta sus amores y sus tristezas, y la hace resonar con vibrantes estremecimientos de júbilo cuando tiene novia y dinero.

En el fondo de su guitarra evocan los celos horrendas tempestades: el suspiro de amor que le llega desde una ventana pasa por sus cuerdas, haciéndolas vibrar con sonidos que sólo hay en las melodías de los serafines.

En frente de mi casa vive un guapo chico de honroso porvenir, como que habrá de convertirse pronto en cirujano.

Tiene una novia. ¡Qué mujer! es encajera y tan vaporosa y linda como un encaje.

El está ciego de amor por ella, tan ciego, que le tiemblan los parroquianos cuando coje la navaja.

Un día le pregunté que á quién quería más, si á su guitarra ó á su novia.

Y él me contestó:

—¿Y usted lo duda?

—Vamos .. á la novia.

—No, señor, á la guitarra.

Y es verdad. Porque este instrumento—me decía él apretándolo contra su pecho—es mi mismo corazón, y sus cuerdas son la fibras del sentimiento del alma.

La guitarra no es un instrumento musical: es á veces una especie de cuna donde se aduerme el canto español. Es otras, un ataúd de donde se alza en modulación infinita el último adiós de los árabes de Andalucía!

¿Qué es la guitarra en manos de un extranjero?

Un instrumento curioso y risible, que pudiera figurar en un museo arqueológico para ilustrar á los *dilettanti* acerca de la música prehistórica.

En España mismo es un mueble ruidoso que molesta las ilustradas orejas de los apasionados del gran arte...

Es necesario, para que conozcaís los secretos musicales de una guitarra, que la oigais como yo la he

oído en tierra extranjera impensada y súbitamente... lejos muy lejos de los vuestros.

Entonces, sólo entonces podreis conocer que las notas de la guitarra son rumores de las hojas, de las ondas y de los vientos patrios, y palabras y besos y bendiciones que os envían los que os quieren.

Entonces comprendereis que se puede morir abierta la vena que da sangre, oyendo una guitarra.

J. FERNANDEZ FLÓREZ

MISCELÁNEA

En la calle:

—¿Cómo, señor Gedeón, se atreve usted con este frío á sacar de paseo á esa niña?

—¡Qué sabe ella de frío y de calor! ¿No vé usted que no tiene más que dos años?

Murió el tío de don Blas dejándole un buen botín, y don Blas puso en la tumba estas palabras: «¡Por fin!»

—Por un ojo de la cara me sale el j. món, Rubí.

—Pues, amiga doña Clara, ¡vale ese ojo un Potosí!

—¡Hombre! ¡Valiente recomendado el suyo! Le convidé á comer y á los postres comenzó á requebrar á mi mujer.

—¡Oiga!

—Sí, señor. ¡Un chico que, según usted, nunca había roto su plato!

—Y es la verdad. Nunca ha roto un plato..... de latón.

Imp Tallers, 51 y 53

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA



Para los pedidos y correspondencia dirigirse a D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA
M.E.C.D. 2016

ALMANAQUE
 DE LA
SAETA
 PARA
 el
Año

The illustration features a woman in a light-colored, long-sleeved dress with a dark bodice and a large bow at the waist. She holds a tray with a glass and a small dish. To her left, a decorative banner with a floral pattern contains the word 'SAETA' in large, gold, stylized letters. Three cherubs are depicted around the banner: one at the top left, one in the middle, and one at the bottom. The background is a light green color with a gold border. At the bottom right, there is a shield-shaped emblem with a quill pen and the letters 'LA' in gold.

Precio 2 reales

